

*“LA CHICA QUE SALIÓ DE NO SÉ DÓNDE”*: MEMORIAS  
DE ESPAÑA 1937 BY ELENA GARRO, OR POLITICS AS  
OTHERNESS

CÉSAR A. NÚÑEZ

ORCID.ORG/0000-0002-6620-3682

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa

laorillayyo@yahoo.com

**Abstract:** *This article proposes a rereading of Memorias de España 1937, by Elena Garro, analyzing it in the light of the enunciative strategies of the text. Thus, the book is not so much the reconstruction of war, and political or artistic events that the narrator could observe during her trip to the Iberian peninsula between July and October 1937, but, fundamentally, a surreptitious reflection on Cold War politics. This period marks the history of the twentieth century and the author’s political stance. In this context, the story, despite its frequent protests of innocence and ignorance, takes a clear political position.*

KEYWORDS: LITERATURE; SPANISH WAR; COLD WAR, HISTORY, MEXICO.

RECEPTION: 08/12/2016

ACCEPTANCE: 16/10/2017

“LA CHICA QUE SALIÓ DE NO SÉ DÓNDE”: LAS  
*MEMORIAS DE ESPAÑA 1937* DE ELENA GARRO, O LA  
POLÍTICA COMO OTREDAD

CÉSAR A. NUÑEZ

ORCID.ORG/0000-0002-6620-3682

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa

laorillayo@yahoo.com

**Resumen:** El presente artículo se propone releer las *Memorias de España 1937*, de Elena Garro, publicadas en 1992, a la luz de las estrategias enunciativas del texto. Así, se observa que el libro no es tanto la reconstrucción de los sucesos bélicos, políticos o artísticos que la narradora, como testigo privilegiada, pudo observar durante el viaje que realizó a la península ibérica entre julio y octubre de 1937, sino, fundamentalmente, una sutil reflexión sobre la política —propia de la Guerra Fría— que desde aquel periodo marca la historia del siglo xx. En ese marco, el relato, a pesar de sus frecuentes protestas de inocencia y de desconocimiento, toma una clara posición política.

PALABRAS CLAVE: LITERATURA; GUERRA DE ESPAÑA; GUERRA FRÍA, HISTORIA; MÉXICO.

RECEPCIÓN: 08/12/2016

ACEPTACIÓN: 16/10/2017

// En España nada era claro, todo se decía a medias palabras y a media voz, para los entendidos. Y se prohibía preguntar” (Garro, 1992: 33). Así dice un pasaje de las *Memorias de España 1937*, de Elena Garro, libro publicado en 1992,<sup>1</sup> donde narra sus recuerdos del viaje que hizo a la península, entre julio y octubre de 1937, acompañando al grupo de mexicanos que asistía al *II Congreso Internacional de Intelectuales para la Defensa de la Cultura*, organizado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas.<sup>2</sup> Ciertamente, a lo largo de las páginas de este libro, el lector tiene la

1 El libro parece escrito, al menos en parte, hacia finales de la década de 1970. Por un lado, las prospecciones respecto de 1937 llegan hasta los años setenta. Este rasgo ya fue notado por Edith Negrín: “la narradora ofrece múltiples pistas de que el plano de la escritura ocurre con posterioridad a 1937. Habla de uno de los asistentes al Congreso, Gustav Regler, y comenta que ‘a principios de los años sesenta murió en la India’. Alude, asimismo, en varias ocasiones a la época en que vivió en París con Octavio Paz, cuando éste era embajador de México en Francia, también a comienzos de los sesenta. [...] O bien cuenta: ‘muchos años después, en 1970, Norberto Aguirre Palancares, que había sido ministro de Asuntos Agrarios, me acercó a la ventana de su despacho...’. Y en algún momento se refiere a su ‘ya larga vida’” (Negrín, 2003: 151-152). Por otro lado, entre fines de 1978 y principios de 1979 publica en España tres pasajes de sus memorias que contienen ya —salvando agregados, elisiones, reordenamientos y cambios que aparecerán en 1992— varios de los pasajes del libro: “Con Octavio Paz en el Frente de Escritores Antifascistas” (publicado en el suplemento *Informaciones de las Artes y las Letras*, de *Informaciones*, el 16 de noviembre de 1978, pp. 5-6), “No me gusta hablar de Luis Cernuda” (en el núm. 2 de la revista, también madrileña, *Nueva Estafeta*, enero, 1979, pp. 111-116) y “A mí me ha ocurrido todo al revés” (*Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 346, abril, 1979, pp. 38-51); estas tres publicaciones parciales fueron recopiladas en Rosas Lopátegui, 2014. Edith Negrín refiere además una publicación parcial contemporánea (que, en verdad, repite las ya mencionadas): “Salvo que algunos fragmentos de las *Memorias* habían aparecido en 1987 [*sic*], no se sabe con precisión cuándo escribió Elena Garro la obra —y ella a veces podía dilatar años antes de publicar un libro” (2003: 144-145), al tiempo que anota: “Los fragmentos de las *Memorias*... fueron publicados en la revista *Litoral*, núms. 79, 80 y 81, noviembre de 1978, explican Manuel Aznar Soler y Luis Mario Schneider, quienes a su vez incluyen el texto en su compilación *II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia, Madrid, Barcelona, París, 1937)*” (2003: 145, n. 1).

2 El Congreso se inauguró el domingo 4 de julio, en Valencia. Del lunes 5 al jueves 8 siguió en Madrid; continuó de nuevo en Valencia el sábado 10, día asignado para el acto de clausura, aunque aún hubo una jornada en Barcelona el domingo 11 y otras tres sesiones (ya sin la asistencia de Octavio Paz ni Elena Garro) en París, los días 16, 17 y 18 de julio (sobre el congreso resulta imprescindible

sensación de que su narradora nada entiende, nada sabe y nada puede averiguar. Sin embargo, cabe preguntarse cómo se hace para decir que nada puede decirse ni preguntarse. Es evidente que sólo puede lograrse diciendo y preguntando. Sólo en las reacciones verbales a las preguntas, al hacer explícito —al decir— que no se puede hablar, o al mostrar las repercusiones de haber hablado, puede dejarse en claro que no se podía hablar.

En efecto, en estas *Memorias*..., si uno se atiene a la letra, es factible notar que, tras la apariencia de que la protagonista está acorralada en un mundo de desprecios e insensateces, hay una narradora —una “rememoradora”, si se quiere— cuya enunciación, sumamente compleja, tiende una sofisticada red de sentidos por medio de las palabras, de las muchas palabras escritas ahora, pero dichas ya en aquel entonces. Pues, bajo la fachada de inocencia, las cosas sí se dicen:

En aquellos días yo era menor de edad, en España había una guerra civil y en México se daban de bofetadas en la calle los partidarios de uno y otro bando. Los mexicanos acudían a la embajada española para enrolarse en el ejército español. “Sí, sí, pero ¿en cuál bando?”, preguntaban los funcionarios. “En cualquiera, lo que quiero es ir a matar gachupines”, contestaban. Al menos eso se decía... (Garro, 1992: 6-7)

Es curiosa la escena que representa a los funcionarios de la Embajada de una república preguntándoles a los asistentes si acaso querrían enrolarse en el ejército sublevado contra el gobierno legal que representan. Sin embargo, la menor de edad (aunque entonces —a pesar de que ella solía cambiar su fecha de nacimiento, diciendo que era de 1920— le faltaban apenas cuatro o cinco meses para tener veintiún años) no se inhibe y repite, ya en España, el cuento: “En Madrid se lo conté a Rafael Alberti y se echó a reír: ‘Esta chica, con esa vocecita sólo dice barbaridades’. Yo sabía

la consulta de los tres volúmenes —reeditados en 1987— que Manuel Aznar Soler y Luis Mario Schneider prepararon bajo el título general de *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937)*: Aznar Soler, 1978; Schneider, 1978; Aznar Soler y Schneider, 1979). La comitiva mexicana estaba compuesta por Carlos Pellicer, José Mancisidor, Silvestre Revueltas, Juan de la Cabada, Fernando Gamboa, Susana Steel, José Chávez Morado y María Luisa Vera. Según la detallada reconstrucción del viaje que hizo Guillermo Sheridan (2015: 254 y ss.), Octavio Paz y Elena Garro, que habían salido de México a mediados de junio, llegaron a París el 30 de junio, desde donde se trasladaron a España: entraron a Barcelona el 3 de julio a la noche. Permanecerían en España hasta mediados de octubre de 1937, momento en el que regresan a París.

más que Rafael Alberti, porque venía de la H. Colonia Española” (1992: 7). Narra, a continuación, un recuerdo de infancia, algo extraño en la ilación, de un aniversario del “Grito” de Dolores Hidalgo, que parece incluido *so pretexto* de traer a colación, como argumento en su favor, el consabido “¡Mueran los gachupines!” del 16 de septiembre.<sup>3</sup>

Todo este pasaje, verdaderamente inaugural en el libro, merece tomarse en cuenta. Tal como nota Alberti, bajo la apariencia de jovencita inocente —a veces amparada en un prudente “Al menos así se decía”—, Garro sí dice cosas, y esas cosas son “barbaridades”, discursos que no pueden sino resultar brutales a quien los escucha, pues lisa y llanamente dejan en claro que su causa le tiene sin cuidado. Pero, más aún, si son “barbaridades” es porque pretenden saltarse por completo la política. No sólo la política española, presentando —y esto es ya mucho decir— los dos bandos como indistintos, sino también la mexicana. Querer *matar gachupines* es también una posición política. Apropiarse de ese discurso es una decisión mucho menos inocente de lo que nos quiere hacer creer esta jovencita “menor de edad”, según se muestra desde las primeras páginas del libro. La protagonista de estas memorias, apenas llegada a España, lo primero que dice es un chiste político. Y el interlocutor al que se lo cuenta, además, es uno de los referentes más visibles del comunismo republicano (tanto en aquellos años como, aún, a pesar de su ancianidad, al momento de publicarse las memorias). Garro lo sabe: más adelante, recuerda que “Rafael Alberti sí conocía la Unión Soviética, tal vez por eso era una persona melancólica y que actuaba con despego, como si nos mirara desde una orilla muy lejana, aunque fuera risueño y gastara bromas” (1992: 92). En efecto, su interlocutor había estado, apenas unos pocos meses atrás, entrevistándose con Stalin, y hablando sobre el Congreso que se realizaría en julio en España, negociando la exclusión de André Gide para asegurar la presencia de la delegación soviética.<sup>4</sup>

3 En la versión de 1978 había además un breve fragmento referido a María Teresa León, quien habría escuchado el cuento junto a Rafael Alberti, que Garro eliminó a la hora de incluirlo en el libro, acaso porque ponía muy en evidencia que la *boutade* era inverosímil y que su narradora así lo reconocía: “María Teresa León, que llevaba sus trenzas rubias alrededor de la cabeza, me dio una palmada en la mejilla. ¡No me creyó! Y supe que los peninsulares sabían más de los gachupines que los gachupines mismos. No en balde en México se dice que la Conquista la hicieron los indios, y la Independencia, los españoles...” (Garro, 1978, *apud* Rosas Lopátegui, 2014: 815).

4 “Rafael Alberti y María Teresa León realizaron un viaje a principios de 1937 a París y Moscú para preparar la participación internacional en el Congreso. La propia María Teresa León ha escrito [en

El episodio —como digo, inaugural— deja entrever parte de la estrategia a la que recurre el relato. La protagonista afecta desinterés por la política. A la vez, los comentarios que hace, bajo la apariencia de ese desinterés, son políticos. Afectar incompreensión es, en fin, una estrategia política. Cuenta más adelante que, en Valencia,

Dábamos vueltas por la ciudad y al final nos refugiábamos en la plaza a charlar en voz muy baja. Yo no entendía por qué había que tomar tantas precauciones, era como si temiéramos que siempre hubiera alguien escuchando. Serrano Plaja estaba muy atormentado, yo no entendía su angustia. Entendía la de Juan Gil Albert, que me había llevado a su casa para mostrarme que su madre había colocado sillones de seda mullidos bajo los lustres de cristal cortado, por si caían durante un bombardeo. Riendo, me contaba que antes de la guerra se paseaba en un carricoche tirado por caballos con todo el capacetete forrado por dentro de violetas. Yo escuchaba sus historias boquiabierta. Gil Albert tenía una naricilla levantada de la punta y caminaba a pasitos. Siempre llevaba camisas de seda y era misterioso que un hombre tan rico fuera comunista. A mí me había explicado que en Rusia no había pobres ni ricos y eso me parecía abominable. Estaba muy bien que no hubiera pobres, ¿pero ricos? Entonces, ¿quién hacía las fiestas, las galas? (1992: 44-45)

El pasaje muestra la estrategia que, no por conocida, es menos eficaz: se trata del estilo indirecto libre. Sólo que aquí, el personaje con el que la narradora funde la voz tiene el mismo nombre propio que la autora. A la vez, el recurso al estilo indirecto libre es abierto por la frase “yo no entendía por qué había que tomar tantas precauciones”,

*Memoria de la melancolía*] un testimonio personal del encuentro entre los Alberti y Stalin, en donde la cuestión Gide era aludida explícitamente: ‘Hablamos de muchas cosas, entre otras del Congreso de Escritores que pensábamos celebrar en España. Escritores de todo el mundo para que vengan y vean. Sesiones en Barcelona y en Valencia y en Madrid sitiado. Una verdad no tiene por qué ocultarse. Que vengan a ver la verdad de España. Nosotros sabíamos que había en Stalin una cierta reserva a dejar ir a los escritores soviéticos a un congreso donde iba a ir, también, André Gide. André Gide había escrito un libro, *Retour de l'URSS*, que no había gustado nada en los medios oficiales. Esperamos su respuesta. Sí, sí, que vayan, ¿por qué no?’. La imagen que da María Teresa León de la actitud de Stalin es indudablemente inexacta. Stalin autorizó la presencia de la delegación soviética previa exclusión de Gide. El estalinismo consiguió la ausencia de Gide en el Segundo Congreso” (Aznar Soler, 1978: 138-139).

como si no supiera nada de la guerra, como si desconociera la publicidad contra el quinta-columnismo. No la desconoce, de hecho. Apenas cinco páginas más adelante dirá: “En Valencia empezaban a aburrirme los cartelones enormes que ordenaban silencio” (1992: 50) que, efectivamente, campearon en todas las ciudades; y, poco después, vuelve a notar —otra vez refiriéndose a Valencia— que “En la Plaza Castelar los cartelones exigían silencio” (1992: 57).<sup>5</sup>

Sin embargo, es la inocencia la faz tras la cual se asoman mejor las opiniones. En un simple, pero contundente, casi infantil “no me gusta”, en un caprichoso e insulso comentario —“no tiene cara de ministro”—, puede esgrimirse una manera de preludear un relato de fuertes connotaciones políticas:

A veces íbamos al cine y una noche, sentado delante de nosotros, estaba el ministro Jesús Hernández. “¡Es magnífico! Un ministro en el cine y solo. Eso no lo vemos nunca en México”, repitió Paz una y otra vez. ¡Claro que en México no veíamos a los ministros en el cine, porque tienen salas privadas para proyectar las películas! Serrano Plaja guardó silencio. “No me gusta. No tiene cara de ministro”, dije. “¿Te vas a callar?”, ordenó Paz en voz baja. Un poco antes de que se encendieran las luces, se pusieron de pie dos filas de espectadores que rodearon al ministro y abandonaron la sala. “Son sus guardias”, dijo Serrano Plaja y nos fuimos a la placita oscura a charlar de los misterios que hablábamos en las sombras. (1992: 46)

De nuevo, el estilo indirecto libre (“¡Claro que en México no veíamos a los ministros en el cine, porque tienen salas privadas para proyectar las películas!”), con su ambigua fusión de voces y de tiempos, permite el comentario político, que en este caso alcanza a la política mexicana. Lo que queda tácito, en el texto, es algo que se deviene del nombre referido. Jesús Hernández Tomás era uno de los fundadores y principales dirigentes del Partido Comunista Español en aquel momento. No se

5 Es de hecho en esta guerra donde se acuña la expresión “quinta columna”, que según parece utilizó el tristemente célebre general Emilio Mola para referirse a los antirrepublicanos con los que contaba en Madrid, ciudad sobre la que avanzaba con cuatro columnas (otras versiones la atribuyen —con análogo uso— a otro personaje sombrío del levantamiento: el general Queipo de Llano, que propalaba sus discursos desde Radio Sevilla, cuya frecuencia alcanzaba a escucharse en la capital de la República). Es también en esta guerra donde la expresión, como un modo de referirse a los conspiradores internos, se hace famosa: dio, por ejemplo, título a la única obra de teatro de Ernest Hemingway, escrita en Madrid en 1937.

trataba de un ministro cualquiera, sino de uno que, habiendo participado —como ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes— del gobierno de Francisco Largo Caballero, que acababa de caer a mediados de mayo de 1937, permaneció en el gabinete formado por Juan Negrín, como ministro de Instrucción Pública y Sanidad. Esta permanencia en el gobierno no fue casual: él mismo estuvo relacionado con el giro pro-soviético que toma el gobierno de la República luego de los conflictos en Barcelona que iniciarían la persecución de la anarquista Confederación Nacional del Trabajo-Federación Anarquista Ibérica (CNT-FAI) y del trotskista Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM).<sup>6</sup> Desde abril de 1938 fue comisario político del Grupo de Ejércitos de la Región Central, en el área Centro-Sur. Al terminar la guerra, viajaría a Moscú (allí sería representante del PCE ante la Komintern y pugnaría con Dolores Ibárruri “La Pasionaria” por el control del mismo PCE) y sería enviado a México, donde permanecería exiliado, después de haber sido acusado de trotskista en 1943 y expulsado del partido en julio de 1944.<sup>7</sup>

6 En su calidad de ministro de Instrucción Pública, Jesús Hernández sería alguien muy visible —una presencia casi amenazante— para el grupo de amigos de Paz, los de la revista *Hora de España*. En una carta de 1976 dirigida a Manuel Aznar Soler, Rafael Dieste recuerda el periodo del congreso y dice: “Observará usted que en el número [de *Hora de España*] dedicado al Congreso mi nombre sólo aparece, como de costumbre, en la nómina de los redactores, a pesar de haber participado desde el comienzo en su promoción y organización. De ello fui ya advertido por Arturo Serrano Plaja, encargado de la confección del número y que tenía la consigna —de origen no muy bien determinado y para él penosa de cumplir— de silenciar mi nombre. [...] (Conviene saber que para efectos administrativos y de control gubernativo, la revista estaba bajo la protección y vigilancia del Ministerio de Propaganda, y que éste había depositado toda su confianza en la redacción. Así que, en condiciones normales, no habría podido producirse la consigna expresada; pero en esa ocasión se dejó el control al Ministerio de Instrucción Pública —ministro Jesús Hernández—, que había subvencionado el Congreso y lo controlaba en diversos aspectos)” (Aznar Soler, 1978: 220-221).

7 La expulsión de Jesús Hernández Tomás se produce mientras el gobierno soviético llevaba adelante un plan, fracasado, para sacar de México, donde cumplía su condena en Lecumberri, a Ramón Mercader, el asesino de León Trotsky. Guillermo Sheridan publicó algunos de los mensajes descifrados de esa operación, en la que el ex ministro parece mencionado con el nombre en clave “Pedro” (Sheridan, 2006: 65). Sobre las tensiones entre Hernández y “La Pasionaria” durante el periodo que termina con la expulsión del primero, véase, además, Enrique Líster (2006), pp. 246-251.

Pero si el lector de las *Memorias*... podría no tener presentes estos datos, más probable es que recordara que Jesús Hernández Tomás, durante su exilio en México, en 1953, publicó un libro que tuvo considerable repercusión; unas famosas memorias de la guerra de España cuyo título sugiere ya su contenido: *Yo fui ministro de Stalin*. Se trata de una denuncia de la intervención soviética en España y del estalinismo en general. El libro, además, fue reeditado en Madrid, junto con su segunda parte (*En el país de la gran mentira*), por el editor Gregorio del Toro, en 1974;<sup>8</sup> vale decir, poco más de cuatro años antes de la publicación original del pasaje de Garro que lo menciona (Garro, 1979: 48; Rosas Lopátegui, 2014: 845).

Por su parte, en aquel cine de Valencia, en 1937, y como tantas veces en las *Memorias*..., Paz aparece fascinado por los burócratas del gobierno de Juan Negrín y —de manera consecuente con esa admiración, según la lógica del relato— siempre predispuesto a silenciar a su joven esposa.<sup>9</sup>

8 La colección *Memorias de la guerra civil española 1936-39*, dentro de la cual fueron incluidos los dos títulos de Jesús Hernández Tomás tuvo considerable difusión y repercusión. Gonzalo Pasamar cita un irónico comentario, que Francisco Umbral publica en *El País* el 7 de julio de 1976, que así lo demuestra: “el editor G. del Toro ha conseguido que cada español, o casi, cuente su batallita. Acabará habiendo tantos libros sobre la guerra como supervivientes” (Pasamar, 2012: 14). En ese auge de la literatura sobre la guerra también se inscriben las tres publicaciones fragmentarias de Garro entre 1978 y 1979.

9 El relato de Garro suele presentar a Paz como un obediente “compañero de ruta”. Sin llegar al extremo de volverlo un ortodoxo seguidor de Stalin, insiste a la vez, en dejar, de manera velada, constancia del interés del poeta por seguir adecuadamente la norma política y las opiniones del partido. En el ámbito privado, sobre todo, la imagen de Paz parece construida como una suerte de “comisario político” personal que le hubiera tocado a Garro (“Paz me criticaba porque era vegetariana, y cuando se enfadaba me decía: ‘¿Sabes que Hitler también es vegetariano?’” [1992: 63]), dejando ambiguo lo que sucediera en el ámbito público (aunque, sobre las connotaciones políticas de esta escena en la que Garro come “cadáver”, puede verse la interesante lectura de Mudrovic, 2003). De hecho, esta última cuestión no deja de ser discutida. Niall Binns y Javier Molina se han referido a “las muy evidentes inclinaciones estalinianas” de Paz en aquellos años: “me parece pertinente recordar hasta qué punto la mirada de Octavio Paz ha modulado la forma de contemplar la guerra desde una perspectiva mexicana: euforia, esperanza y desencanto; descubrimiento del otro y descubrimiento del fondo podrido de los totalitarismos, es decir, sobre todo, del estalinismo. Conviene recordar que Paz reformuló en varias ocasiones su visión de la guerra civil, modificándola según su cambiante

Su joven esposa, de todas maneras, insiste en atender otros asuntos, más cercanos

postura política: en 1937, en España, la ortodoxia de un comunismo estaliniano no militante; en 1950, en París, la visión libertaria de un surrealista bretoniano; a partir de la década de 1970, ya de regreso en México, la visión neoliberal de un anticomunista de ya larga carrera” (Binns y Molina, 2012: 294), y anotan: “Es lamentable que Danubio Torres Fierro, en su prólogo a la antología *Octavio Paz en España, 1937*, haya reiterado la posición *a posteriori* del propio Paz —‘mis ideas de entonces se inclinaban hacia la izquierda radical’— como si quisiera esconder [...] las muy evidentes inclinaciones estalinianas del joven mexicano, patentes en el ensayo ‘A la juventud mexicana’, publicado en *El Mono Azul* en septiembre de 1937. [...] Hablando en nombre de ‘los jóvenes mejicanos antifascistas, y especialmente en el de mis compañeros de las Juventudes Socialistas Unificadas’, Paz declaró: ‘Quizá en ningún país de la tierra dura ahora tan poco la juventud como en España. Cuando yo pienso en esto recuerdo a la Unión Soviética, el otro país en donde la juventud lo es realmente, el otro viejo país rejuvenecido por los trabajadores. Allí la juventud, me decía un compañero, dura más que en cualquier otra parte. Que eso se cumpla aquí en España, que la vida humana joven y creadora dure cada vez más, que el hombre sea sin cesar cada vez más íntegramente y más ardientemente hombre es lo que pretende y por lo que lucha el pueblo español. Por eso da la vida España y este es el sentido hondo de su combate. Yo estoy cierto de que lo logrará y de que la lucha no es inútil. El vivo y hermoso ejemplo de los trabajadores soviéticos nos dice que lo que esperamos y soñamos es una realidad, un hecho que ellos nos muestran’” (Binns y Molina, 2012: 294, n. 6). En el mismo sentido, Anthony Stanton dice que “las ideas políticas de Paz (mucho más que su concepción de la relación entre lo socio-político y lo estético) sufrieron profundos cambios en las décadas siguientes al fin de la guerra civil. Se trató de un largo proceso que tardó mucho en definirse, un proceso de desencanto con ciertas ideas que habían regido su época formativa. En París en 1949, gracias a David Rousset, se enteró de la existencia de campos de concentración en la Unión Soviética y publica en 1951, en la revista argentina *Sur*, una nota con un dossier de materiales traducidos del francés. Es la primera señal pública de su disidencia con respecto al mito de la Revolución de octubre que había dominado sus primeros años” (Stanton, 2012: 313-314), pero, aún en 1937, “las dudas y críticas que abundan en su obra posterior son más bien inexistentes en el terreno estrictamente político” (Stanton, 2012: 314). Así, cabe pensar que “en 1937 Paz no es un disidente crítico del marxismo, pero tampoco es un seguidor incondicional de la ortodoxia revolucionaria en el ámbito estético” (Stanton, 2012: 314). En el ámbito político, por su parte, las tres interesantes notas que rescata Stanton del *Diario de Sudeste* —publicadas por Paz en Mérida, inmediatamente antes del viaje—, tanto como otros textos en prosa redactados ya en España, permiten reconocer argumentos y léxico propios de un simpatizante convencido (Stanton, 2012: 318-319).

a sus intereses y que poco tienen que ver con lo que ocurre. Un episodio es especialmente notable al respecto. Garro cuenta que, durante el invierno madrileño, “soplaba el viento de la sierra y yo no tenía abrigo”:

León Felipe me prestó un suéter, que me quedaba enorme. Nos llevaron a pasear a Cuenca. Yo estaba preocupada, pues había descubierto una tienda en la calle del Príncipe, en donde vendían capas españolas; primero decidí comprarme una y, de regreso de Cuenca, pensé que era mejor comprar dos. Lo malo era que ni Paz ni Cabada tenían dinero. Sí, Cuenca era preciosa y milagrosa, pues allí recordé que existía un mexicano al que llamaban Paco Picos, muy rico y que vivía en Madrid. [...] Una vez en Madrid me moví con cautela y obtuve su dirección y una tarde me fui a la Plaza del Sol a tomar el metro que me llevara al barrio de Salamanca, donde vivía Paco. No me despedí de nadie. Ni a nadie le dije mi proyecto. (1992: 103)

Como si se tratara de una “operación militar” narra este suceso (se mueve con cautela, hace averiguaciones, silencia el proyecto, sale sin despedirse) que tendrá, ciertamente, su costado bélico:

Apenas salí del hotel empezó una tempestad de obuses. La gente se refugiaba en los portones de la “acera de la sombra”, así llamaban los madrileños al lado de la calle en que no caían los obuses. Yo iba corriendo por la “acera del sol”, el lado donde caían. “¡Eh! ¿Adónde vas? ¡Cruza la acera!”, me gritaban los expertos en bombardeos. No hice caso, temía perder tiempo. Llegué a la Puerta del Sol y la vi desierta. Calculé la carrera que llevaría a la boca del metro, me santigué y atravesé la plaza como una flecha. El lugar estaba atestado de gente y el metro no corría. Se había dado el caso de que un obús penetrara por la boca y los vagones quedaran atrapados. Salí y busqué un autobús. Las capas españolas brillaban ante mis ojos y me hacían olvidar el peligro. Llegué a la casa de Paco Picos muy tarde. (1992: 103-104)

Un obús cayó en la boca del metro, pero la narradora no parece impactada por los eventuales muertos o heridos que pudo haber; su “misión” no la deja detenerse: debe ganar tiempo corriendo del lado de la calle donde caen los obuses, para ser más veloz. Se trata de una suerte de parodia de una “operación encubierta”; una parodia tan notable que no puede sino leerse irónicamente. La afectación de inocencia y de frivolidad se extrema en el encuentro con el mexicano “muy rico” y su esposa, que —de

manera sorprendente para la protagonista— se interesan por cuestiones tales como un bombardeo:

Paco Picos era alto, colorado y campechano, como toda la gente de Veracruz. Le expliqué mi problema: quería dos capas españolas y Paz no tenía dinero. ¡Claro que en seguida que lo tuviera le pagaría! También su esposa que era española me escuchó con mucha atención.

—Los obuses están cayendo en Sol. ¿Verdad? —me preguntó la señora.

Les interesaban más los obuses que mis capas. ¡Nada que hacer! Me equivoqué: Paco Picos me dio el dinero justo y me recomendó volver en seguida al hotel y no decir nada de las capas. Debía evitar que me cogiera la noche en la calle. ¡Qué bueno era Paco Picos!, y me senté en un café de Velázquez a reflexionar sobre su bondad. Medité tanto que llegué a las nueve y media de la noche al hotel, en medio de ruidos de sirenas de ambulancias. (1992: 104)

¿Por qué a Paco Picos le parecería recomendable que la joven que lo visita no dijera nada de las capas? ¿Le preocuparía la opinión que el marido de esa chica pudiera tener sobre la compra de ropa en épocas de guerra? No queda claro; pero le brinda a la narración el encanto —discreto, sin duda— de lo clandestino. Por lo demás, el relato no ofrece, en este caso, ninguna de las prospecciones, a las que cada tanto recurre, para aclarar si efectivamente ese dinero fue devuelto en algún momento o no. Sea como sea, el carácter "ficcionalizado" del hecho, la exacerbación de los rasgos de los personajes, casi convertidos en caricaturas, se nota aún más al momento del regreso al hotel:

A los primeros que vi fueron a Pla y Beltrán y a Revueltas, que lívidos se precipitaron a abrazarme.

—¿Me felicitan por lo de las capas?

¡No! Me creían muerta y Paz, acompañado de Alberti, me andaba buscando.

—¡Estoy perdida! —dije.

—No digas nada —me aconsejó Revueltas.

Apareció Paz sobresaltado. Corrí a su encuentro:

—Octavio, me fui caminando, caminando, para ver la ciudad, y me perdí...

¡Claro que no me creyó! (1992: 104)

Esta jovencita es tan inocente, tan ajena a las circunstancias, como para suponer que, en medio de un bombardeo durante el cual se fue sin avisar a nadie, es recibida con una felicitación “por lo de las capas”. No existe, en el relato del regreso, recuerdo de los obuses, desde luego, pero tampoco hay, siquiera, recuerdo de la decisión personal de mantener el proyecto y el viaje en secreto.<sup>10</sup>

La narradora, en fin, hace constantes protestas de frivolidad. Ya sea corriendo bajo las bombas para buscar a un mexicano rico y pedirle prestado dinero para comprar las anheladas capas españolas, ya sea anotando, cuidadosa, las acusaciones de sus compañeros de viaje, de su marido o de sus propios familiares, como el esposo de su prima mayor, Rafael Sánchez Paredes —un coronel que, dice, “era alto e imponente, aunque a mí no me imponía en absoluto”—, sobre el que cuenta: “Yo aproveché para robarle unos cuantos cigarros de su marido, que estaban sobre el piano. Hice mal, pues Rafael lo notó y la próxima vez que lo vi, me dijo muy serio: ‘Cuidado con las malas costumbres, eres muy chica para ser tan frívola...’” (1992: 43).

Con cierta fruición, la narradora estampa la iterativa serie de descalificaciones, insultos y desprecios que recibe —“cobarde” (p. 19), “gansa” (p. 34), “mocosa pen-deja”, “pretenciosa”, “mocosa taruga” (p. 98), etcétera, etcétera— y los contrapone a los intereses lógicos, algo banales, de una jovencita (en su viaje de bodas, por cierto), hasta conformar una especie de personaje perdido en un mundo incomprensible, que no puede saber hostil —como una suerte de Audrey Hepburn perseguida por Gregory Peck a través de las calles ya no de Roma sino de Barcelona, Valencia o Madrid.<sup>11</sup>

10 Cabe pues, acordar con lo señalado por María Julia Rossi sobre *Memorias de España 1937*: “Si bien este texto se ha tomado como fuente de datos biográficos, es ineludible advertir el proceso de ficcionalización que los hechos y los recuerdos de esos hechos tuvieron antes de llegar a la obra. Los nombres propios de los personajes involucrados [...] provocan cierta ilusión de ‘realidad’; al mismo tiempo, la construcción de los personajes obedece al predominio de un punto de vista marcado” (Rossi, 2014: 530).

11 Aludo, claro, a la película *Roman Holiday*—titulada, para su exhibición en Hispanoamérica, *La princesa que quería vivir*— dirigida por William Wilder en 1953. En un fragmento de 1978 —que no pasó al libro—, Elena Garro metaforiza su sensación en Valencia a partir de un suceso que le ocurrió en México: “En Valencia me sentía como me sentí una vez en la que salí corriendo de la Facultad de Letras para ir al teatro de Bellas Artes a tomar una clase de baile. Conocía bien el enorme teatro, sus pasadizos, sus escaleras, sus escondrijos, sus camerinos. Esa noche pasé corriendo cerca de algunos reflectores apagados y crucé pasillos cubiertos de polvo y de cables y, de pronto, me encontré en

Estos permanentes remedos de frivolidad, que llevaron a Edith Negrín a titular su artículo sobre el libro "La narradora inocente de la Guerra de España",<sup>12</sup> alcanzan un aspecto que el lector actual puede llegar a lamentar: el mundo artístico del periodo, tan rico, tan complejo, tan variado.

En efecto, a pesar de conocer y mencionar a la crema y nata de la cultura española de aquellos años (Rafael Alberti, Antonio Machado, León Felipe, los escritores del "grupo Hora de España", etcétera), a pesar de convivir con los grandes artistas mexicanos que viajaron a España durante la guerra, poco es lo que el lector recaba sobre ese universo estético, artístico, pues, si bien Garro es una testigo privilegiada, su relato se regodea en mostrar el escaso interés que el arte le produjo a su protagonista.<sup>13</sup> Los artistas, al contrario, son más bien presentados según una lógica algo esnob, sin aludir casi nunca a su trabajo: tal es el caso de José Herrera Petere, de quien se dice que "cantaba muy bien y parecía un galán de cine, ¡de aquella época en la que no cualquiera podía ser galán!" (1992: 17), de Juan Chabás, "el hombre más guapo de España" que "le quitó una amante al rey" Alfonso XIII (1992: 25), de Luis Cernuda, a quien le envidia su color de bronceado y a quien quiere sonsacarle

plena escena, iluminada y rodeada de 'damas y caballeros' y, uno de ellos, Alfredo Gómez de la Vega, el gran actor mexicano, abrió la boca y permaneció petrificado, mirándome. Los libros se me cayeron al suelo y el público rio estrepitosamente. Recogí los libros y salí huyendo. Una hermana de mi madre se hallaba entre el público: '¡Esta chica es terrible!', sentenció. Yo me sentía incómoda, y para Alfredo Gómez de la Vega siempre fui 'la chica que salió de no sé dónde'. [...] En los días de Valencia tenía la misma impresión: 'Era la chica que salió de no sé dónde'. No tenía papel y no entendía la obra que se representaba, y muchas veces quise recoger mis libros y salir de escena huyendo" (Garro, 1979: 47; Rosas Lopátegui, 2014: 845).

12 Dice en él que "la protagonista parece haber elegido la perspectiva que ofrece la estatura de un niño: jugando cerca del suelo, lejos de las complejidades del mundo adulto. [...] Tal vez los rasgos infantiles que la escritora imprime a su personaje obedecen a su concepción idealizada de la niñez. Si ésta es una etapa fundamental para todo artista, en la obra de Garro constituye un centro generador, siempre sinónimo de plenitud, libertad, amor y dicha" (Negrín, 2003: 149).

13 Dice Lady Rojas-Trempe: "La formación intelectual de Elena Garro había comenzado en México pero es un hecho innegable que en España se incrementaría con el contacto directo con artistas españoles, europeos y latinoamericanos y con la lectura y apreciación de muchas obras" (1998: 258). Es probable que así fuera; pero también es cierto que las *Memorias*... parecen ser un texto tramado para refutar esa idea.

la historia de una “clave perdida” cuando estaba por salir de España en una misión diplomática,<sup>14</sup> o de Manuel Altolaguirre, frecuente compañero de charlas en calles y cafés de Valencia, a quien siempre se presenta con cariño y simpatía, pero de quien se omite alguna referencia a la labor literaria y teatral que desarrolló en aquellos días: nada se cuenta, por ejemplo, de la puesta en escena de la obra *Mariana Pineda*, de Federico García Lorca, que Altolaguirre dirigió y que fue representada en la inauguración del Congreso el domingo 4 de julio. La pareja de Garro y Paz ya se encontraba en Valencia al momento de la representación, por lo que es probable que asistieran a ella;<sup>15</sup> y, en todo caso, cierto revuelo produjo la puesta en escena, por lo que Garro debió conocer bien el caso:

[...] en la primavera de 1937, por encargo del Ministerio de Instrucción Pública y para su estreno en julio de ese año en el transcurso del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, comenzó a preparar una puesta en escena de *Mariana Pineda*, de Lorca. Para ello contó no sólo con la participación de algunos antiguos miembros de La Barraca, como María del Carmen Antón —que interpretó

14 “Faltaba Luis Cernuda. ‘En la sierra de Guadarrama leía a Virgilio, durante los primeros combates. Hizo mal. Don Álvaro de Albornoz le nombró canciller en la embajada en Polonia, para sacarlo de España, y en la estación perdió el portafolios con las claves’, nos dijeron. Luis Cernuda se había vuelto invisible. No asistía al Congreso” (Garro, 1992: 17). Más adelante, cuando ya lo encuentra y se asolea con él en la playa, dice: “Yo era indiscreta y tendía mi toalla cerca de la suya y jugando con la arena procuraba inspirarle confianza para que me contara la historia de ‘la clave’ perdida en la estación y qué le procuraba aquella soledad absoluta. Cernuda sonreía, se ruborizaba y prefería explicarme que era verdad que los bombardeos marinos eran más temibles que los bombardeos aéreos. A veces me parecía que me consideraba impertinente, pero como era muy cortés se guardaba de decírmelo” (1992: 39-40).

15 La obra, como dice Luis Mario Schneider, estaba “anunciada para el día anterior”, cuando Paz y Garro aún no se encontraban en Valencia, pero “sufrió una postergación debido a la ausencia de algunos delegados” (Schneider, 1978: 114). En efecto, en su biografía de Altolaguirre, James Valender reproduce un hermoso cartel hecho por Ramón Gaya para el estreno de la obra en el Teatro Principal, en el marco del *II Congreso Internacional de Escritores*, que lo anuncia para el 3 de julio (Valender, 2012: 188). Schneider cuenta que “Además de los escritores asistieron el jefe de Gobierno, el ministro de la Gobernación y el de Instrucción Pública, patrocinador del homenaje” (Schneider, 1978: 114). Así pues, junto a Juan Negrín estaba, nuevamente sentado en una platea, Jesús Hernández.

a la protagonista— y María del Carmen García Lasgoity —que tuvo el papel de La Clavela—, sino también del poeta Luis Cernuda, que interpretó a Don Pedro, y del pintor Víctor Cortezo, que diseñó el vestuario. Estrenada en un momento de mucha tensión política, a las autoridades la puesta en escena parece haberles resultado demasiado decadente. Cortezo recordó tiempo después: “El refinamiento del montaje y la actuación un poco ‘diletante’ de los actores fueron ferozmente criticados. Cierta pluma incipiente y ‘agit-prop’ del ‘partido’ veía un estilo ‘a la federica’ en el vestuario. Manolo Altolaguirre cayó en desgracia, lo que celebró con alborozo, y su ‘cohorte’, como fuimos llamados, nos dimos por satisfechos con ‘lo bailado’”. (Valender, 2012: 187-190)

James Valender agrega que, “Durante el congreso, Altolaguirre se hizo amigo de varios delegados, entre otros de los mexicanos Octavio Paz y Juan de la Cabada” (2012: 190); por ello, en caso de que Paz y Garro no hubieran ido a la representación, es improbable que los amigos no hubieran conversado sobre el asunto. Sea como sea, el trabajo teatral de Manuel Altolaguirre queda aludido, pero elidido, en un breve encuentro con él en Castellón de la Plana, no lejos de Valencia:

En Castellón de la Plana encontramos a Manolo Altolaguirre muy pálido, vagando por la plaza en busca de alguien que se llevara a “la primera actriz” a Valencia, pues se había puesto enferma. Su aparición me maravilló. No lo olvidaré nunca esa mañana caminando a pasos muy cortos a pesar de su gran estatura y con las puntas de los pies ligeramente hacia adentro, lo que le daba un encanto infantil muy singular. Paz encontró la fórmula: yo me quedaría en Castellón y en mi lugar iría la “primera actriz”. Manolito aprobó la solución: “¡Qué bien Elena, qué bien, podremos charlar dos o tres días, mientras encontramos a alguien que nos lleve. Aquí está la tropa del teatro”. Sacaron en brazos a la actriz, pálida como una muerta, la subieron a mi lugar y se fueron. Manolito y yo nos fuimos al hotel donde se hospedaba la tropa. Los encontré en el corredor, pálidos, cansados y hartos. Manolito me relataba sus tribulaciones, cuando apareció el auto y Vicente Sáenz dijo: “Me quedo yo”. Fue el chofer miliciano el que dispuso volver, dejar a Vicente y llevarme a mí. (Garro, 1992: 37)<sup>16</sup>

16 Todo parece indicar que la compañía teatral, la “tropa de teatro” mencionada, es La Barraca, grupo que, durante la guerra, dirigió Altolaguirre: “colaboró entonces [1936] con La Barraca, el grupo de teatro ambulante creado por Federico García Lorca. De hecho, según su propio testimonio, fue nombrado director de esa agrupación: ‘designado por la Alianza de Intelectuales como director del

Otro tanto se puede decir de David Alfaro Siqueiros y el viaje de los mexicanos al frente, en Pozo Blanco, con ribetes de comedia romántica.<sup>17</sup> Incluso el trabajo del escritor es elidido, como sucede con Juan de la Cabada. Cuenta Garro que José Bergamín, el presidente de la Alianza Española para la Defensa de la Cultura, lo presiona para que cumpla en escribir un texto prometido:

La decisión de Pepe Bergamín de obligar a escribir a Juan, para mí fue una catástrofe, pues la delegación mexicana en pleno decidió que yo debía vigilar a Juan para que escribiera su famoso cuento “Taurino López”, del que salió después toda la nueva narrativa mexicana. Juan no podía salir, tenía que quedarse en su invernadero. Tampoco yo podía salir. “¡Escribe, Juan!”, le pedía yo cada cinco minutos. Juan se echaba a reír “Eso estoy haciendo, muchacha...” “Pues hazlo más de prisa”, le urgía yo. Mientras él, echado en un catre desvencijado, garrapateaba en un cuaderno su cuento, yo estaba sentada como un centinela en aquel horno, que era su cuarto estrecho. No

grupo teatral ‘La Barraca’ —señaló en sus memorias, refiriéndose a los primeros días de la guerra—, la dirección de ensayos y representaciones llenaba principalmente mi vida” (Valender, 2012: 178).

17 El viaje comienza como un modo de lograr que Silvestre Revueltas deje de beber y componga música: “El problema de Silvestre Revueltas se arregló: iríamos al frente de Pozo Blanco en donde combatían los mexicanos: Juan B. Gómez y David Alfaro Siqueiros. Así lo dispuso Mancisidor. Silvestre necesitaba el viaje para curarse la cruda. Había estado borracho varios días, roto algunas puertas y amenazado de muerte a cualquiera que le impidiera beber” (Garro, 1992: 58). A lo largo del viaje, en el que siguen “la ruta de Don Quijote”, exceptuando el temor ante un ataque aéreo que sufren —y que le hace decir a la autora “Nunca tuve tanto miedo, ni tanta piedad por los soldados” (1992: 69)—, asistimos a una discusión entre Gómez y Siqueiros sobre cuál de los dos había recibido más heridas, a la stampa de Siqueiros vestido con un uniforme de húsar austriaco, a una reunión en la casa de Pepita, la amante andaluza de Siqueiros, a la pintura que hace un soldado del retrato de Garro —que, “con las trenzas cruzadas sobre la cabeza”, resultaba “muy medieval” (1992: 72)—, a la ceremonia de nombramiento de la misma Garro como “madrina de la Brigada 115” (1992: 73), para descubrir que, en verdad, el motivo del viaje era en gran medida avisar a Siqueiros que llegaba a verlo Angélica Arenal, su compañera, y evitar el “escándalo” de que lo encontrara con otra amante: Siqueiros echa del frente a la comitiva mexicana diciéndoles que el Alto Mando le había comunicado que el enemigo se preparaba para atacar y debían irse, pero “Pronto Paz y yo nos dimos cuenta de que el enemigo que iba a atacar era Angélica” (1992: 75).

podía escaparme a la playa solitaria en donde Cernuda con su bañador azul y su toalla blanca estaba ya tan dorado como una linterna japonesa. Envidiaba su color.

[...]

Ahora gracias a los camaradas no podía ir a la playa e interrumpía a Juan a cada instante: “¿Ya terminaste? ¡Egoísta! ¡Quiero ir a la playa!” Juan levantaba los ojos: “Vete, muchacha, vete y no fastidies”. Pero no podía irme, porque entonces también Juan se iría al Café de la Paz a charlar con Manolito Altolaquirre. Pasó una semana y Juan me leyó “Taurino López”, lo leyó riendo y gesticulando, para ilustrarlo. El cuento tuvo un éxito enorme en España. (1992: 39-40)<sup>18</sup>

La narradora, pues, se limita a decir que de “Taurino López” “salió después toda la nueva narrativa mexicana”. No explica por qué, no dice nada sobre sus opiniones ni sobre lo que evidentemente tampoco le interesó entonces: métodos de trabajo, disquisiciones sobre la composición, etcétera. Sobre el cuento en sí, apenas una frase anodina: “El cuento tuvo un éxito enorme en España” (1992: 40). La literatura se presenta, para la protagonista, como una demora, un incordio, un agobio.

La vigilancia sobre Juan de la Cabada se repite con Silvestre Revueltas. Análogos problemas y análogo disgusto de la protagonista: “El problema de la delegación mexicana era que Revueltas todavía no había escrito *México en España*, el himno a los combatientes, ni el *Homenaje a García Lorca*” (1992: 97). Para presionarlo, en una reunión en la habitación de Mancisidor, “por unanimidad me escogieron a mí para vigilar a Revueltas y que éste escribiera su música” (1992: 98). Así, se ve obligada a asistir a la composición —que, de nuevo, no es un asunto que le parezca relevante: “el ‘himno’ iba tomando forma. Tres días después estaba terminado” (1992: 100)— aunque, en este caso, el tedio quedó amenizado por la presencia de un oficial ruso (al que me referiré más adelante).

Lo mismo puede decirse de José Mancisidor: Garro acude a él para quejarse del maltrato de Silvestre Revueltas. Mancisidor la recibe muy contento y le lee unas cuartillas de su libro *Diario de una madre española* (que sería publicado al año siguiente en México, con el título *De una madre española*), pero a Garro le “entró tal desesperación que me puse a llorar” (1992: 99). Mancisidor se alarma y le pregunta por qué lloraba. Garro finge, usando el texto que acaba de escuchar como excusa: “—Por eso que lees: ‘las moscas se habían parado sobre la mantequilla y ella no las veía...’ —le

18 El relato fue publicado en la revista *Hora de España* (1937), núm. ix, septiembre, pp. 81-96.

dije repitiendo la última frase que me había leído, pues no podía decirle que estaba harta de regaños de tantos viejos groseros y que Paz era injusto al no defenderme” (1992: 99). La literatura (o el arte, ya que lo mismo ocurre con la exposición de fotos de murales mexicanos, por ejemplo), resulta obvio, no es lo que aquí interesa.

En cambio, muy temprano, en el relato puede verse el deslizamiento de cualquier eventual importancia que pudiera tener el mundo literario o artístico hacia la crítica política. El paso tiene un episodio que es casi un alerta temático de la metonimia:

A Paz lo invitaron a leer su poema “¡No pasarán!”. Estábamos en un teatro de Barcelona en el escenario, y Paz leía; de pronto, cambió de color y se detuvo como si hubiera visto un fantasma. En la primera fila un hombre joven, de piel rojiza, expresión angustiada y tricot muy viejo, lo miraba con una fijeza extraña. Paz recuperó el aliento y leyó el poema sin pronunciar el nombre de Juan Bosch, “el camarada muerto en el ardiente amanecer del mundo”. Paz había escrito ese poema para Juan Bosch, el organizador de la huelga estudiantil más larga de México y a quien Paz le debía su iniciación en el marxismo y en la rebeldía. Escribió ese poema cuando se publicó en México que Juan Bosch, el agitador expulsado de México, había muerto en España. (1992: 34)

El pasaje es ilustrativo de la sutileza de los procedimientos a los que recurren las *Memorias...* En 1992, una frase como “la huelga estudiantil más larga de México”, con la historia que Garro llevaba a cuestas, no es, no puede ser, una mera parentética. Tampoco lo es, en la lógica de la narración, el aviso de una iniciación de Paz en el marxismo —que, en el relato, vale tanto como decir una iniciación en la simpatía por la Revolución soviética—. Menos aún es sólo una adenda informativa lo que se narra inmediatamente: a la salida del teatro, “el muerto” sigue a la pareja hasta el hotel Majestic donde se alojaban y Garro lo ve “escondese tras unas cortinas gruesas que cubrían las ventanas del vestíbulo” (1992: 35). Entonces, cuenta Garro, “Un camarero me hizo una seña para que fuera a mirar por la ventana y fui, mientras Paz hablaba con los delegados de una comisión”. La escena que sucede, a partir de allí, deja a Paz —el “iniciado” en el marxismo— distraído en una conversación burocrática, mientras Garro, inocente pero atenta, conversa con el maestro, el verdadero militante, quien le revelará una crisis política y una persecución a la que ya he aludido:

“¿Eres su compañera?”, me preguntó Juan Bosch en voz muy baja. Ante mi afirmación agregó: “Dile que me consiga un pasaporte en la embajada mexicana... Me andan cazando, cazando... Soy del POUUM... No lo digas a nadie...” Estaba tan angustiado,

que me contagió su congoja. Lo miré con pena, sabía que Paz no podría conseguir nada. Me cogió una mano y repitió: "Me andan cazando... Han matado a todos mis compañeros...". (1992: 35)

Con la inocencia propia de la protagonista, con esa inocencia que le permite, a pesar de todo, hacer las preguntas que la narradora dice que no podían hacerse, ella indaga sobre los asesinos: "'¿Quiénes?', pregunté asustada. 'Ellos... ellos... los comunistas...'" (1992: 35). Así, lo que no puede preguntarse sí se pregunta, y sí se menciona a quienes no pueden nombrarse. Los responsables son denunciados. Y no son los "rebeldes", los "nacionales", los "franquistas". La inteligencia de la narradora se disfraza tras la inocencia del personaje y lo que se recuerda es la persecución que sufrió el POUM, de franca oposición al estalinismo.<sup>19</sup>

Esta persecución es un hecho que marca el momento en el que los mexicanos se encuentran en España y reaparece, de manera subrepticia, asomándose a la mirada pretendidamente ingenua de la protagonista. Mientras discutían, en la Casa de la Cultura, sobre el "problema" de Silvestre Revueltas, cuenta Garro que:

En un sofá, escuchando el drama, estaba una mujer flaca y rubia. La mujer sonreía y nadie correspondía a su sonrisa. "¿Are you American?" [*sic*], me preguntó. Charlé con ella, pues me disgustó la descortesía de los otros. Dijo que era periodista norteamericana y me preguntó si me gustaba Nueva York. ¡Claro que me gustaba! [...] Desde la puerta Paco Gil me hacía señas de callar. ¿Otra vez callar? "¿Qué pasa?", pregunté.

19 La entrada a España, en el relato, está ya marcada por la cuestión del POUM. En el tren que los lleva a Barcelona, "Los intelectuales hablaban en voz baja del 'POUM'. ¿El 'POUM'? Yo los conocí muy bien en México. Fueron a arreglar que Trotski se fuera para allá, tengo fotos de ellos, los Farel, Bartolomeu Costa, Sanchis, Rebull. La cuñada de Diego Rivera, Cristina, los acompañó a la estación. 'Allí nos vimos el día que se fueron...', dije alborozada. '¡Embustera! Nunca conociste a los del POUM', me cortó Octavio, cuando me escuchó hablar de ellos, y me prohibió abrir la boca. Los intelectuales hicieron como si no hubieran escuchado y continuaron hablando de otras cosas" (1992: 13). Al día siguiente, ya en Valencia, es en boca de Carlos Pellicer que regresa el tema, pues le dice a Alexis Tolstoi y otros integrantes de la delegación soviética unas palabras que no debieron caer bien: "'Ya hablé con ellos y les dije que Trotski es un agitador magnífico', exclamó Pellicer con voz de trueno. [...] Entendí que a Tolstoi no le gustaba Trotski, sobre todo cuando Pellicer exclamó: '¡Ahí le tienen, atacando al gran agitador...!'" (1992: 15).

“¡Oh, tú sabes que murió Durruti”, dijo ella y agregó: “Y que murió Andrés Nin...” No sabía quiénes eran Durruti ni Andrés Nin, pero dije: “¡Claro!, ¡qué tragedia!” La periodista me dio su nombre: Anne Marie Barron. Paz se acercó, me cogió de un brazo y me arrancó del sofá azul.

—¿Qué pasa? No me dejan respirar... —protesté.

Paco Gil me dijo en voz baja: “Camarada, esta mujer es una espía”. Me indigné: “¿Por quién me tomas? ¿Has leído algo sobre Mata Hari? Creo que debes estudiar el caso”, le dije con desprecio y bajé corriendo la escalera y topé con el espejo. Había una conjura para fastidiarme. Anne Marie Barron no podía ser espía, era demasiado fea. (1992: 52-53)

En este caso, de nuevo Garro —con la inocencia de siempre, sin “comprender” lo que sucede, pero dando cuenta, veladamente, de lo que ocurre— se zambullirá en un mundo secreto, al que no accede su marido:

Al día siguiente, antes de llegar a la Casa de la Cultura, un niño me salió al paso: “Tu amiga te espera allí”, y me señaló una calle curva y adoquinada que también desembocaba en la Casa de la Cultura. El niño salió corriendo y yo fui al lugar señalado, en donde encontré a Anne Marie en un portal abierto.

—Vamos a dar un paseo —me dijo.

Acepté pensando en el Café de la Paz. Caminamos mucho rato por las calles desconocidas y pobres [...] Llegamos a un portal abierto, vigilado por dos gorgonas enlutadas, sentadas en sillitas bajas. Ante la hostilidad que me mostraron, Anne Marie dijo: “Es de confianza”. Entramos y subimos a un segundo piso. Anne Marie llamó con los nudillos a la primera puerta y apareció un hombre joven en mangas de camisa y de aspecto extranjero. “Es de confianza”, dijo Anne Marie, y el hombre, que había reculado al verme, me sonrió, y, juntos, nos dirigimos a la puerta situada en el extremo opuesto al descansillo, que era largo y tenía barandal de madera. Otro extranjero abrió, y Anne Marie repitió la frase: “Es de confianza”. Entramos en la habitación, en la que había una cama, y una mesa y muchos papeles. “¿Quiénes son?”, les pregunté. “Periodistas británicos”, contestó uno de ellos. Me senté en el borde de la cama: algo dentro de mí me decía que aquello era peligroso. Pero ¿en qué consistía el peligro? Me quedé reflexionando y tratando de espantar el miedo que trataba de invadirme, mientras ellos discutían sobre asuntos que apenas entendía, ya que hablaban demasiado de prisa y mezclaban varios idiomas a la vez. [...] El hombre de gafas se volvió a mí: “Estamos haciendo un trabajo sobre la guerra de España y no queremos que nos

roben el tema. Es mejor que no menciones que estuviste aquí. ¿Comprendes?” “Sí, comprendo...” La verdad es que no me interesaba comprender nada y que no pensaba decir que había hecho esa visita tan singular. Anne Marie decidió irse inmediatamente y los periodistas me llamaron “sweet”. Salimos, hacía mucho calor [...] “Darling, no digas que me viste”, me pidió Anne Marie, tal vez para evitar que me regañaran, y me dejó en una calle casi céntrica. (1992: 54-55)

Los sentidos, en este caso, quedan demasiado ambiguos como para no dar pistas. Y, al contrario de Juan Bosch, cuyo paradero se pierde, Anne Marie Barron le permite a la narradora remitirse a la posguerra española:

[...] la encontré en el piso de Luisi Álvarez del Vayo a finales del año 1944, en Nueva York. [...] una tarde entré al piso de Luisi y al verme se echó a llorar. Estaba muy vieja y muy pobre. [...] Anne Marie me preguntó varias veces: “¿Te acuerdas de Trudy?... ¡Qué buena era!”, y me miraba con los ojos enrojecidos por el llanto. Anne Marie hablaba de Trudy Graa, la hermana de Luisi y esposa de Luis Araquistáin, que hacía poco había muerto de cáncer en Londres.

Cuando Anne Marie se fue, Luisi me explicó que la habían detenido en Valencia y que su hermana Trudy recorrió todas las cárceles hasta dar con ella, la sacó y la llevó en automóvil hasta la frontera. Pero ¿por qué la habían detenido? ¿Era una espía? Luisi se puso seria: “No hagas caso, se metió en la comisión aquella”. La comisión aquella era la que se había formado para investigar el paradero de Andrés Nin, el líder del POUM. En ese tiempo, la guerra de exterminio no iba dirigida a los burgueses, sino a los trotskistas, y el POUM estaba acusado de serlo. A Andrés Nin lo detuvieron el 16 de junio y nunca más se supo de él. Se decía que estaba en una cárcel de Valencia, que lo habían llevado a Madrid, que lo tenían en Alcalá de Henares, sede de las Brigadas Internacionales, dirigidas por Marty. Pero la verdad es que Andrés Nin desapareció sin dejar huella. (1992: 55-56)

En fin, las palabras de la protagonista ponen en escena, con parsimonia, paulatinamente, a sus verdaderos adversarios, que —como decimos— no son unos militares rebeldes, franquistas, casi ausentes —sin duda distantes, a pesar de la visita al frente—, sino una de las facciones internas de la República. Las palabras y, al mismo tiempo, las acciones; pues hay un accionar que también, tras el velo de la inocencia, parece tener una dirección precisa. Durante los bombardeos de la batalla de Brunete, que llegaban a Madrid, ocurre un hecho al menos “curioso”:

Por la noche un ruido como el de un temblor de tierra sacudió Madrid. Venía de lejos y parecía acercarse. Las sirenas de las ambulancias cruzaban las calles oscuras. “¡Es la batalla de Brunete!” Los intelectuales se sentaron en los escalones de piedra que llevaban al vestíbulo y esperaron a oscuras. El portón estaba cerrado [...] De pronto un grupo de hombres enfurecidos golpeó el portón y entraron rifle en mano.

—¡Aquí hay un “carca” que hace señales al enemigo desde una ventana iluminada! ¡Van a bombardear el hotel!

—¿En qué piso está ese “quintacolumnista”? —preguntó Pablo Neruda, que ocupaba el primer escalón.

—¡En el tercero! —contestaron los hombres mirándonos con los ojos llenos de chispas de ira.

—¡Es mi ventana! —grité y subí corriendo la escalera. Llegué a mi piso y apagué la luz. El hotel parecía vacío. Los ascensores no funcionaban, una sensación de horror me apretó la garganta. Bajé despacio para recobrar alientos y porque no hay que correr cuando de verdad se tiene miedo. Los milicianos me echaron una linterna a la cara:

—¡Es una chiquilla! —y se marcharon.

—No me hable, hijita, es usted una inconsciente. Pudieron matarnos a todos —me dijo Pablo Neruda.

Los demás rieron del incidente. (1992: 28-29)

El “incidente” podría no haber tenido tanta gracia para los participantes. Está claro que “pudieron matarnos a todos” se dice en un doble sentido: pudieron matarlos las bombas, al tener como guía la luz de la ventana, y pudieron matarlos los milicianos, por dar información al enemigo. Esta suerte de *coqueteo* con el enemigo tiene otros episodios:

En la playa encontré a Cernuda. Nos hicimos un saludo de cabeza. La playa estaba sola y en un chiringuito sucio había un tipo sospechoso que nos observaba. Le dije a Cernuda: “Voy a ver si ése nos puede conseguir un cigarrillo”. “¡No lo haga!”, contestó Cernuda. Pero me fui directamente al hombre y le dije: “Camarada, ¿no tienes un cigarrillo americano?” El hombre se sobresaltó. Le expliqué que era mexicana y él me dijo que el tabaco era monopolio del Estado. “¡Y a mí qué me importa! No creo en el Estado”, le dije. (1992: 41)

Como puede verse, esta jovencita a la que no dejan hablar, habla mucho y no se calla tanto. Y, de hecho, formula posiciones políticas sin demasiada preocupación. También inicia acciones políticas, pues el diálogo terminará en una pequeña negociación con un contrabandista:

El hombre pareció satisfecho. Charlamos un rato; todavía el hombre pareció satisfecho. Prometió venderme un cartón de “Lucky Strike” al día siguiente, en un cafetín del puerto, adonde yo debía presentarme sola a las cinco de la tarde y con el dinero. Volví con Cernuda y le expliqué el trato. “¡No lo haga. No vaya, eso es contrabando!”, me dijo enrojeciendo. En la casa de la embajada mendigué dinero. Juan me dio algunas pesetas, inventé historias y Paz me dio casi el total de la suma, busqué a Mancisidor y por la noche tenía la suma necesaria. (1992: 41)

“Explicué el trato”, “inventé historias”... la locuacidad es el rasgo que caracteriza a la muchacha en el momento en que pone en marcha una acción, cuyo cariz político bien comprende Cernuda y con él, por más que no lo haga explícito, la narradora adulta de las *Memorias*... El relato de la operación comercial adquiere matices propios de un *thriller* de la Guerra Fría, con reminiscencias de *El tercer hombre*, el film de Carol Reed de 1949, con guión de Graham Greene:

Salí a las cuatro de la tarde a buscar al tipo sospechoso de mala pinta, que me había citado en el cafetín del puerto. Llegué puntual y crucé la cortina de hilos de cuentas verdes y me senté a esperar. El hombre no estaba. En cambio había otro con mirada más feroz, plantado al fondo de la puerta que comunicaba con la cocina. El hombre me miraba con fijeza. Recordé a Cernuda: “Es contrabando...”, y quise parecer tranquila. En unos minutos apareció en la puerta de entrada un tercer individuo que me hizo seña de que me dirigiera al hombre del fondo. Fui derecha a él y me dijo: “Vete, toma el tranvía. Justo enfrente”. Tendió la mano y le di el dinero con velocidad. “Éste ya me robó”, me dije angustiada y salí. La calle adoquinada tenía en el centro las vías del tranvía, el cafetín estaba casi en la esquina y esperé, me iba sin dinero y sin tabaco. Desde la puerta, el segundo hombre me vigilaba. Llegó el tranvía y al subir bajó el tipo de la playa y me entregó un paquete envuelto en un periódico. Me latió con fuerza el corazón. Todo había sido rapidísimo. Viajé con cara de tonta a sabiendas de que había cometido un grave delito y de que en España el contrabando era castigado con severidad. (1992: 41-42)

“A sabiendas”. Así actúa esta inocente muchacha que desafía la legislación de un Estado en guerra<sup>20</sup> y que, además, parece dialogar con mayor comodidad con personas ajenas —incluso adversas— a la política republicana, que con los “camaradas”. En la embajada donde se alojan los mexicanos, encuentra unos interlocutores inesperados:

Los mexicanos no le dirigían jamás la palabra a los refugiados franquistas que vivían en la casa de la embajada. Cuando había bombardeos salíamos al jardín y nos agrupábamos cerca de la puerta trasera de la casa para escrutar el cielo cruzado por faros potentísimos que buscaban a los aviones alemanes. [...] Yo siempre tenía miedo. Una noche me volví al marqués, que contemplaba emocionado el cielo: “¿No tiene miedo?” “¡Ninguno!”, respondió, y supe que no mentía. Era un hombre joven y muy bien parecido, que me llamaba mucho la atención, pues sabía que si los revolucionarios lo cogían lo fusilarían inmediatamente. Juan de la Cabaña intervino: “Es curioso, mano: aquí, en este jardín, nos podemos morir todos juntos”, le dijo a Paz para disculpar que yo hubiera hablado con un reaccionario. (1992: 46-47)

Como no podía ser de otro modo, el recuerdo de esa conversación la lleva a otro, en el que sus palabras y sus silencios continúan el equívoco, al punto de producir una suerte de cambio de roles:

20 Esos cigarrillos llevarán a Garro al borde de la detención, que apenas logran evitar Altolaguirre y Serrano Plaja: “Con Altolaguirre y con Serrano Plaja, una noche entramos a cenar en una fonda de mesas colectivas, que eran obligatorias. La fonda estaba repleta y tuvimos que quedar todos separados. A mí me tocó una mesa muy alegre, llena de soldaditos jóvenes que gritaban y reían. Era en los días en que yo tenía los famosos cigarrillos ‘Lucky Strike’. Saqué uno y empecé a fumar. Vi que el chico que se sentaba frente a mí miraba el cigarrillo con grandes ansias y decidí ofrecerle uno. Todos los demás le pidieron una probada. / —¿Y ustedes qué fuman? —pregunté. / —Nosotros fumamos lo que hay —contestaron riendo. / Les regalé una cajetilla y nos hicimos muy amigos. [...] Estábamos en lo mejor de la charla cuando vi que Manolo me hacía señas de levantarme para irnos. Me despedí de los soldados y me reuní con Paz, con Serrano y con Altolaguirre. Estos dos me sacaron a toda prisa de la fonda, pero yo alcancé a ver que dos hombres de civil que cenaban en mi mesa también se levantaron de prisa y nos alcanzaron en la calle oscura. / —¡Detenida! —dijo uno de ellos cogiéndome del brazo. / —Detenida, ¿por qué? ¡Tú estás loco! —le dije. / —¡Detenida! —dijo el otro cogiéndome del otro brazo” (1992: 109-110).

Frente a las rejas de la casa había siempre algunos milicianos. Me detuvieron: "Camarada, ¿cuántos fascistas hay metidos ahí?", me preguntaron. "¡Muchísimos!", dije. "¿Duermen ahí, verdad?", y señalaron la habitación de la terraza donde dormíamos Paz y yo. No supe qué decir y ellos comentaron: "¿Ves, tú? Ahí duermen, siempre escogen lo mejor".

—¡No, no, ellos duermen en el sótano! —dije.

Me miraron burlones. "¡Vamos, no sabes mentir!", dijo uno de ellos y otro agregó: "¿Mentir? ¡Ni idea! ¿Así que duermen en el sótano? Diles que una de estas noches vamos por ellos", y señalaron la terraza. Me fui a la playa muy preocupada, muy preocupada, Paz y yo estábamos en la mira. Pero no dije nada. (1992: 48)

Su silencio tiene consecuencias: cuando vuelvan del viaje al frente de Pozo Blanco, esa habitación estará ocupada por Fernando Gamboa y Susana Steel y, entonces, será tiroteada desde fuera.

Las acciones y las evaluaciones llevan, pues —aunque sea de manera involuntaria—, un sentido preciso. Solapadas, pero constantes, van marcando los enconos y las preferencias de aquella muchachita a la que le tocó asistir a una guerra que no tenía ganas de ver. Así, el lector tropieza más adelante, cuando los viajeros mexicanos ya hayan salido de España y se encuentren en París, con un extraño —pero no del todo inesperado— relato de la muerte de Miguel Hernández:

Miguel volvió a España, pronto la debacle se apoderó del país y Miguel quedó cortado en Valencia. La noticia de su muerte me llegó una mañana soleada de México, por boca de Antonio Sánchez Barbudo y de Lorenzo Varela. Miguel Hernández murió de tuberculosis, a pesar de los esfuerzos que hizo por salvarlo un alto sacerdote amigo suyo. Casi era increíble, aunque es sabido que esta enfermedad se apoderaba con violencia de los más jóvenes y de los más fuertes. (1992: 135)

Es algo desconcertante el pasaje, pues soslaya lo fundamental: la tuberculosis que mató a Miguel Hernández, la había contraído estando preso en la cárcel de Alicante. En la enfermería de esa prisión murió, el 28 de marzo de 1942, a los 31 años. Purgaba una condena de treinta años, por la que la "piedad" de Franco había conmutado su pena de muerte.

La omisión de la responsabilidad del régimen en la muerte de Miguel Hernández es quizás el punto más sorprendente, más extremo, al que conduce una serie de atenuaciones que el relato fue tramando. El lector, en este momento, no puede evitar

hacer presente la imagen de Garro asistiendo —según cuenta Peter G. Earle (2010: 891)— al funeral de Franco, a finales de noviembre de 1975. La imagen se vuelve inquietante por lo que tiene de verosímil: esa asistencia sería casi contemporánea del momento de redacción de gran parte de las *Memorias...*, que muestran, así, su tendencia a intervenir en una coyuntura particular, al menos varias décadas posterior a la excusa autobiográfica tras la que se escudan.

Esa suerte de “final”, de teleología de sentidos, obliga a preguntarse qué se cuenta en estas memorias. ¿Qué es, en fin, lo que recuerdan? Sin duda no son unas memorias “de la guerra”. Más allá de las lógicas e inevitables alusiones, de la referencia a bombardeos, de alguna visita —casi “turística”— al frente, no son los acontecimientos bélicos lo que le interesa contar a la narradora, al punto de omitir por completo los datos cronológicos, insoslayables en el relato de una guerra.<sup>21</sup> Tampoco son, en el mismo sentido, unas memorias sobre la política republicana: nada hay sobre una enorme cantidad de conflictos del Frente Popular, por ejemplo. Queda omitida por completo cualquier referencia a los nacionalismos “históricos” —catalán, vasco, gallego— que tensaban la política del momento (y no podían dejar de notarse en Valencia o en Barcelona), o a cualquier otra preocupación parlamentaria o ministerial que se presentara en aquellos días. Tampoco son, desde ya, unas memorias sobre el Congreso al que asistía su marido, puesto que casi nada se dice sobre aquella reunión. Tampoco, queda dicho, son unas memorias “de artista”, en las que se discutan los problemas de la literatura, la plástica o la música en tiempos bélicos. Sólo la afectación de frivolidad recorre, constante, los episodios.<sup>22</sup>

21 Este alejamiento de los hechos de la guerra deja huella incluso en el título, sólo la alude por medio del nombre propio y la fecha. Dice Edith Negrín: “El título incluye también la mención de un país y una fecha, por medio de la cual se alude implícitamente al hecho fundamental que enmarca el relato, la Guerra Civil Española, aunque evitando mencionarlo en forma expresa. De igual manera, en la narración, las acciones bélicas o sus consecuencias están siempre presentes, pero la comprensión o el esclarecimiento del conflicto no constituyen tanto el propósito central de la narradora, como la recuperación personal de la mujer que era entonces” (2003: 144).

22 Desde luego, no hay que desestimar la intención segunda de desmentir, refutar o discutir. En una carta fechada en Madrid el 24 de enero de 1978, es decir, unos meses antes de la primera publicación fragmentaria de las *Memorias...*, Garro escribe: “Me quedé petrificada cuando un chileno me dijo el otro día lo que declaró el Laureado [Octavio Paz] en la T.V. Cada semana cambia de biografía. Eso no importa. Hay personas muy elegidas que pueden mentir, calumniar, aplastar y hasta cambiar el

Luzelena Gutiérrez de Velasco recuerda algo que, en general, ha pasado desapercibido en la crítica sobre el libro de Garro: el “tiempo de la enunciación del relato [dice] se produce tras el fracaso del proyecto soviético” (1997: 518). Creo que conviene sacar todas las consecuencias de este hecho. Estas *Memorias*..., en la lectura que propongo, tienen un tema privilegiado, pero subrepticio, que es la Guerra Fría. Son la historia de la formación de una militancia anticomunista. El primer capítulo, si se quiere, es una historia que, con su regreso a México, la autora quiere empezar a contar.<sup>23</sup>

No me parece casual que en el exacto centro del libro se ubique un pasaje privilegiado donde la autora evalúa, desde la contemporaneidad en la que escribe, los hechos que vivió aquella jovencita.

En España todos éramos juzgables y cometíamos pecados ininteligibles. Y entre todos la más pecadora era yo por ser “pequeñoburguesa”. Ignoraba el significado de aquel estigma que había caído sobre mi cabeza frente a aquellos jueces que hablaban de “las contradicciones del capitalismo”. (Garro, 1992: 88)

Por primera vez, ante la acusación “¡No entiendes nada!”, responde, con indignación retrospectiva: “Sí entendía” (1992: 89). Y muestra toda la carga política que la presunta inocencia portaba, muestra un saber velado tras el supuesto desconocimiento:

El término [burguesía] me colocaba en un peligro inmediato, aunque yo sólo fuera “pequeña” burguesa, al final el castigo no estaría de acuerdo con mi tamaño, puesto que debía desaparecer. ¡No! Lenin había condenado a la pequeña burguesía al ¡exterminio! Lenin ya había muerto pero su condena continuaba vigente. ¡El exterminio! Había que pensar ese término más de dos veces. “¿Y Lenin también condenó a los sacerdotes?”.

pasado. [...] También un falangista nos contó que el Laureado estuvo aquí el año pasado dos veces: en abril y luego en julio y agosto, pero que temía que lo supiéramos, pues ¡bamos a matarlo! Por eso viene de incógnito y se esconde. ¿Te das cuenta?” (Rosas Lopátegui, 2014: 799-800).

23 De allí sin duda, que estas “Memorias de España” no terminen con la salida de España, ni siquiera con la partida de Europa sino, luego de un paso por Cuba, con el regreso a México, como si se subrayara así el hecho de que lo narrado revierte sobre la política mexicana o americana posterior a 1937. Así, las *Memorias*... parecen alertar sobre su distancia respecto del discurso autobiográfico y, a la vez, sobre su encubierta cercanía con el ensayo político.

Me miraron con suficiencia. Lenin dijo: “la religión es el opio de los pueblos”, *yo sabía* porque se lo había escuchado decir a mi padre que esa frase era de Maquiavelo. ¡Qué fórmula! “¿Por eso en Francia durante la Revolución exterminaron a la Iglesia?” Yo decía cosas sin sentido: “La Revolución francesa era nada menos que una revolución ¡burguesa!”. (1992: 89; énfasis mío)

Pero, más aún, a este fragmento lo sucede inmediatamente otro donde la proyección la lleva, primero, a unos “diez años después”, cuando descubre que “‘Estos comunistas han sustituido al pecado por el error político’. Entonces, ¿por qué reniegan de Stalin si no hizo sino aplicar la teoría y el principio de ‘el fin justifica los medios?’” (1992: 90), y, luego, a un tiempo aún posterior a 1970, cuando al fin sigue la recomendación que le hiciera Juan de la Cabada y lee el *Manifiesto comunista*. La circunstancia no podía ser más relevante:

No leí nada marxista hasta que el dichoso procurador de la República, Sánchez Vargas, me acusó de ser “uno de los jefes del complot comunista para derrocar las instituciones del Gobierno”. En 1970 le dije a Helenita Paz: “Voy a leer el *Manifiesto comunista*”. Después de leerlo vi que el término comunista se aplica con mucha frivolidad. [...] Decidí leer a todos los marxistas y no sólo a ellos, sino a sus antecesores, a sus contemporáneos, a sus discípulos y a sus opositores. Saqué alrededor de 2700 fichas y compré ficheros para ser metódica. Pero ya era tarde... más tarde de lo que pensaba. (1992: 91)

No aclara para qué ya era tarde, pero se infiere: para ser comunista. Curiosa obsesión ésta de investigar al comunismo con tal fruición.<sup>24</sup> Sea como sea, en el lapso

24 Una investigación fue ésta que sin duda tuvo más que ver con la obsesión por el “enemigo” (ya en 1937, cuenta Garro, Rusia “era un misterio enorme, que me producía una curiosidad malsana” [1992: 45]). Una anotación de los diarios de Adolfo Bioy Casares demuestra que, dos años antes de esa lectura del *Manifiesto comunista*, en las mismas circunstancias a las que alude el pasaje recién citado, Garro participaba de ese temor tan difundido, tan recurrido en Hispanoamérica, a la “amenaza comunista”. El martes 22 de octubre de 1968 anota en su diario Bioy Casares: “Después de comer, llamo a Borges para hablar de la contestación a un telegrama de Helena [sic] Garro, que pide telegrafemos nuestra solidaridad a Díaz Ordaz, ministro de gobernación mexicano, por los últimos sucesos. Explica Helena que los comunistas tirotearon al pueblo y al ejército y ahora se presentan como víctimas y calumnian; que hay peligro de que el país caiga en el comunismo.

de cuatro páginas —cuatro páginas centrales del libro— la distancia entre protagonista y narradora se hace máxima,<sup>25</sup> y desde la adultez aparecen las evaluaciones que, subrepticias, se desgranaban en el resto del relato. Pues la máscara de la ingenuidad es más eficaz a la hora de escamotear el discurso político, fingiendo que no lo hay.<sup>26</sup> Un caso ilustrativo del mecanismo es el de una de las tantas mujeres —pues son varias— veladamente despreciadas en el texto: Tina Modotti. Según cuenta Garro,

La camarada María era uno de esos fantasmones a los que nadie veía, y que estaban llenos de poder: era la secretaria del Socorro Rojo Internacional. Yo sabía quién era, y la verdad me daba miedo. Se llamaba Tina Modotti y años atrás estuvo en México acompañada de su amante Julio Antonio Mella, un líder comunista cubano al que asesinaron en la calle de Abraham González cuando iba en compañía de la fotógrafa

Además, pide un telegrama firmado por Victoria, Silvina, etcétera. Borges: ‘Victoria, como Mallea, es una de esas personas que para darse importancia quieren saber exactamente lo que firman. Es como si un soldado exigiera en la acción una justificación para cada una de las operaciones, para cada vez que va a apretar el gatillo’. En cuanto a Silvina, es también cavilosa. Mucho me temo que nuestro telegrama (‘Rogamos haga llegar nuestra adhesión al gobierno de México’) reúna sólo tres firmas: Borges, Peyrou y yo” (Bioy Casares, 2006: 1237). El telegrama fue efectivamente enviado, pues el martes 10 de diciembre de 1968, Bioy Casares anota que “Comen en casa Di Giovanni y Borges. Éste me muestra una carta del presidente de México, en que nos agradece el apoyo por los recientes sucesos (escrita con delicadeza y con discernimiento). ¿Cierto halago, de que un presidente nos llame *distinguidos y finos amigos?*” (2006: 1253). En la serie de datos que suelen tenerse en cuenta a la hora de evaluar la actuación de Garro durante los sucesos de octubre de 1968, aún no parecen haberse tenido en cuenta estas anotaciones del diario de Bioy Casares.

25 Esa distancia es subrayada por el hecho de que aquella jovencita ingenua que viajó a España en 1937, aquí es representada como mujer madura, como madre. A la vez, si antes ella era la que recibía las acusaciones de frivolidad, con su estudio del tema, puede ahora decir que “el término comunista se aplica con mucha frivolidad”: los frívolos son los otros.

26 Tal como señala Edith Negrín, “la joven Elena insiste en su falta de información y de comprensión, en especial por lo que hace a conocimientos políticos [...] como un estribillo, la narradora hace una y otra vez parecidas afirmaciones: ‘yo, sin saber cómo ni por qué, iba a un Congreso de Intelectuales Antifascistas’; ‘yo no sabía, pero en España había habido una crisis política [...]. La lucha en España era feroz, como lo era en esos días en la Unión Soviética, aunque yo ignoraba esas luchas...’; ‘yo no estaba politizada’” (2003: 152-153).

Modotti. Durante años escuché decir que ella se había hecho a un lado antes de que empezara el tiroteo. Ahora, era la compañera de otro poderoso fantasmón a quien nadie veía tampoco: el comandante Carlos. (1992: 86)

“Durante años escuché decir”. ¿A quién? La narración elide el agente de esa palabra citada. Pero ese agente escamoteado no era un “observador objetivo” de los sucesos, sino parte interesada. El asesinato de Mella (el 10 de enero de 1929) había sido un cimbronazo en la política del Partido Comunista Mexicano (PCM), y acaso del país,<sup>27</sup> por lo que no es posible —salvando por una extrema simulación de ingenuidad— atribuir neutralidad a ninguna versión sobre el hecho.

En 1937, Garro tenía la posibilidad de conocer a uno de esos “fantasmones” que nadie veía, pero no quiere verlo. Angélica Arenal le avisa que la camarada María le manda llamar: “—Dile a la camarada María que no voy —le contesté a Angélica. [...] —No voy. No tengo nada que decirle —insistí” (1992: 87). La protagonista de las *Memorias...*, pues, elige con cuidado a sus interlocutores. La narradora, por su parte, sí tiene algo que decir, y anota:

Cuando terminó la guerra y los refugiados llegaron a México, vino una mañana a mi casa Ángela Selke a anunciarme que la camarada María había muerto en un taxi acompañada del comandante Carlos. Y que éste llevó su cadáver al hospital Juárez. “Yo creo que se la cargó” —me dijo en un susurro Ángela Selke. (1992: 86-87)

La breve coda sobre la vida de Modotti es significativa. Aprovecha el discurso ajeno para decir lo que finge no decir. Garro se hace eco aquí de rumores que atribuían al Comandante Carlos, Carlos Contreras, es decir, a Vittorio Vidali, la responsabilidad

27 El gobierno de México, aún bajo la égida de Plutarco Elías Calles, era entonces presidido por Emilio Portes Gil, de manera interina, a raíz del asesinato del presidente electo Álvaro Obregón, pocos meses antes (el 17 de julio de 1928). Faltaba muy poco, a la vez, para que Portes Gil rompiera relaciones con la URSS, el 22 de julio de 1929, y para las famosas elecciones del 17 de noviembre de 1929, en las que se enfrentaron Pascual Ortiz Rubio y José Vasconcelos. La conflictividad de la política mexicana en el periodo, pues, no permite suponer que las voces sobre el asesinato de Mella fueron desinteresadas. Para una buena reconstrucción de la coyuntura en la que se produce el crimen y los complejos vínculos entre el PCM, con la cambiante política de “clase contra clase” o de “frente popular” de la Internacional, y los gobiernos mexicanos del periodo, véase Daniel Kersfeld, 2012.

del supuesto envenenamiento de Tina Modotti, quien murió en un taxi, aunque sola, volviendo a su casa, próxima al Hospital General, el 5 de enero de 1942. Más allá de las operaciones en las que Vittorio Vidali pudo haber participado (Jesús Hernández, por ejemplo, en *Yo fui ministro de Stalin*, lo considera implicado en el asesinato de Andrés Nin), lo cierto es que la muerte de Tina Modotti fue, según Chistiane Barckhausen-Canale, “una oportunidad de atacar a los comunistas en la persona de una mujer amada y respetada por ellos” (1998: 164). Semejante interpretación se infiere de un libro publicado el mismo año que las *Memorias...* de Garro —y que, por lo tanto, invita aún más al cotejo de ambas versiones—: *Tinísima*, de Elena Poniatowska.<sup>28</sup>

Pero sin duda, el episodio donde mejor se anudan la anotación de los apelativos que la califican, la frivolidad infantil, la afectación de inocencia como modo de intervención política y la obsesión por la política soviética —elementos todos estos que recorren como *leitmotiv* las *Memorias...* — es aquel en el que un oficial ruso (“un oficial alto, moreno, [...] inquietante y guapo”) la corteja y le regala una muñeca de lujo. Garro lo conoce durante la visita al frente madrileño de Casa de Campo, donde “los franquistas estaban a un paso” (1992: 94). Con cierto deleite, narra la euforia guerrera de la mujer de Fernando Gamboa, Susana Steel, para luego contraponerla a su propio pacifismo —o, si se prefiere, su propio sentido común—. Mientras Susana Steel explica a los milicianos los orígenes familiares de la homonimia entre su apellido y el de Stalin, a Garro, a ella, el oficial ruso que allí conoce, la toma por una “rusa blanca”.

28 Barckhausen-Canale, que parece seguir de cerca el relato de Poniatowska, cita algunos titulares y notas del diario *La Prensa* (véase también Poniatowska, 1992: 654-657): “El 7 de enero, *La Prensa* apareció con este título: *Desaparece misteriosamente el amante de Tina Modotti*, Carlos Jiménez Contreras. / El artículo no sólo insinuaba que Vidali había envenenado a su compañera, sino que decía también que Tina había tenido una ‘vida misteriosa’. La prueba de que la habían envenenado era, según los autores, el hecho de que ella le había dado al chófer del taxi la dirección del Hospital General, como si cualquiera no hubiese dado esa dirección como referencia en el caso de vivir frente al edificio. / Al día siguiente, los ataques fueron aún más directos: *La muerte de Tina Modotti se parece exactamente a las liquidaciones entre comunistas*. / Aprovecharon también para recalentar el *Caso Mella*, afirmando que, en aquel entonces, el tribunal había constatado la culpabilidad de Tina y que su expulsión de México no se debía a su actitud política, sino a su conducta personal inmoral. [...] Desde la muerte de Tina el 6 de enero de 1942 hubo autores que afirmaron que fue asesinada probablemente por el mismo Vidali pero en todo caso por encargo de Moscú. Sobre todo se dudaba de su enfermedad del corazón” (Barckhausen Canale, 1998: 164).

Susana Steel, que se hallaba eufórica, contó a los soldados, que la escuchaban boquiabiertos, que ella era prima de Stalin.

—Miren camaradas, mi nombre en inglés, Steel, quiere decir acero. El nombre del camarada Stalin, en ruso, quiere decir acero. Lo único que hizo mi familia fue traducirlo en Estados Unidos para evitarse dificultades.

[...]

—¿Quieren tirar sobre los franquistas? —preguntó [un oficial alto que los observaba] señalando la ametralladora. Todos dijeron: ¡Sí! Yo dije: ¡No! La primera en levantarse fue la camarada Stalin.

Le enseñaron el manejo de la ametralladora y disparó gustosa varias ráfagas. [...] Dispararon todos. Yo me rehusé. El oficial alto e inquietante se me acercó:

—¿Y tú, camaradita, no tiras? —preguntó.

—¡No! No me da la gana que, por juego, mate a alguien que está arriesgando su vida en serio, o lo deje mutilado.

[...]

—¡No! Tú no tiras, porque eres rusa blanca.

—¿Rusa blanca?... —pregunté asombrada.

—Mira tu pelo y tu peinado. [...] conozco a mis compatriotas —me dijo guiñándome un ojo. (1992: 94-95)

El oficial ruso, en esa conversación, se presenta como georgiano, de nombre Daniel Zozolashvili. Garro, por su parte, luego de narrar el episodio, le cuenta al lector que “Daniel Zozolashvili era el primer ruso que veía o que hablaba conmigo, aunque yo sabía que había rusos en los frentes y en las ciudades dirigiendo las operaciones” y anota inmediatamente que “Los amigos nos habían confiado, en voz muy baja, que en España estaba el general Berezin, uno de los hacedores de la Revolución soviética, así como Antonov-Ovseenko, el hombre que había tomado el Palacio de Invierno durante las jornadas de la Revolución de Octubre, cuando Kerenski perdió el poder” (1992: 96). Así, de manera curiosa, la aparición de Zozolashvili da lugar —interrumpiendo la ilación del relato— a la inclusión de un pasaje que tiene la forma textual de una suerte de “ficha” (acaso una de las 2 700 que sacó en 1970) no de Zozolashvili, sino de otro de los oficiales rusos que acaba de mencionar al paso, como uno de los tantos que presuntamente se encontraba en España durante la guerra. La sintaxis, el léxico y, en fin, el “tono” cambian (frases cortas, abundancia de nombres propios, certeza en las afirmaciones, etcétera) y el apartado resulta verdaderamente ajeno al hilo discursivo:

Vladimir Alexandrovich Antonov-Ovseenko tomó parte en la Revolución desde la edad de 17 años. Lo llamaban “La Bayoneta”. Era amigo íntimo de Félix Dzerjinski y ambos provocaron motines sangrientos en el campo Novaia-Alexandra. Ambos pertenecían al partido socialdemócrata. Dzerjinski fue detenido una vez como delincuente común y se hizo de amigos entre los “malditos de la tierra”. Luego fueron arrestados Dzerjinski y Antonov-Ovseenko en Sebastopol. De allí la revuelta pasó a Odesa ya que el acorazado “Potemkin” estaba en rebeldía. Los principales amotinados del acorazado fueron Rakovski, rumano de nacionalidad búlgara, que luego llegó a comisario y ministro, Matuchenko, que emigró a Suiza y al volver a Rusia en 1907 fue ahorcado, y André Marty, “el glorioso amotinado del Mar Negro”, que fuera en España el jefe de las Brigadas Internacionales. Antonov-Ovseenko y Félix O. Rosenberg organizaron las bandas que tomaron el Palacio de Invierno. Emborracharon a los soldados y éstos, empujados por el furor del alcohol, destrozaron todo lo que pudieron, mataron a los jóvenes cadetes que defendían el Palacio, y se lanzaron a las bodegas imperiales. Como resultó imposible controlarlos y desalojarlos, Antonov-Ovseenko y Rosenberg decidieron ametrallarlos dentro del Palacio, para deshacerse de ellos. En España no se les veía, sólo se hablaba de ellos, pues Rosenberg era el embajador de la Unión Soviética. De Antonov-Ovseenko se decía que era el general Kleber, aunque también se pretendía que era Berezin quien se escondía bajo este seudónimo. El presidente Azaña se hallaba retirado en Benicarló y era este grupo ilustre de veteranos de la Revolución soviética el que dirigía las operaciones.

Al salir de España, Antonov-Ovseenko fue promovido a comisario adjunto de justicia y fusilado. Era el tiempo de las grandes purgas soviéticas. (1992: 96-97)

La mención de André Marty, “que fuera en España el jefe de las Brigadas Internacionales”, parece mostrar, en la conjugación verbal, la incrustación del fragmento en un relato al que no pertenece. Luego, al hablar de España, la proliferación de giros impersonales escamotea al sujeto de enunciación tanto que su borradura comienza a notarse: “no se les veía”, “se decía”, “se pretendía”.

A tal grado la escritura es ajena a la lógica discursiva de las *Memorias*..., que el pasaje incluye una suerte de epílogo más propio de diccionario o de enciclopedia, en el que la narradora abandona su habitual postura para adoptar el giro pedante y directivo de los libros de consulta. Ahora, pues, le da indicaciones al lector:

No debe confundirse a Félix O. Rosenberg, el embajador soviético en España, con Alfred Rosenberg, nacido en la Rusia imperial, y que fuera ministro de Hitler para los

Asuntos del Este. Fue Alfred Rosenberg el encargado de la represión brutal llevada a cabo por los alemanes en la Unión Soviética, durante la segunda guerra mundial, y autor de la revista semanal *El Subhombre*, dedicada al pueblo ruso, revista que declaraba a los rusos matables, por ser casi animales y subhombres, como el título de la revista indica. (1992: 97)

Después de este verdadero —y curioso— paréntesis en el relato, añade: “Aparte de Koltzov, el director de *Pravda*, rubio y sonriente, que poco tiempo después fue fusilado en Moscú, el único ruso con el que hablé fue Daniel Zozolashvili en el frente de la Casa de Campo. Más bien fue allí donde empezó nuestra amistad” (1992: 97). Así, rápidamente se recupera el relato personal, referido casi de manera exclusiva a sus afinidades y antipatías; pero, de todas formas, queda en la lectura la extrañeza de esa inclusión, la cual no parece tener otro fin que dejar testimonio de las crueldades cometidas y padecidas por los hombres de Stalin.

Finalmente, Zozolashvili volverá a verla, compartiendo con ella la vigilancia sobre Silvestre Revueltas. Es ella quien lo ve, desde la ventana de la habitación donde trabaja Revueltas: “—¡Silvestre!, el oficial soviético está otra vez en la placita!” (1992: 99), anticipando una acechanza que la narradora busca no aclarar si la interpreta como amorosa o política. Resulta evidente, en cualquier caso, que el oficial sigue los pasos de la pareja Paz-Garro con mucho cuidado y desde hace mucho tiempo:

Revueltas corrió a la ventana, lo vio y regresó al piano muy contento. Cuando subió Zozolashvili, el “himno” iba tomando forma. Tres días después estaba terminado y el ruso llegó con una enorme muñeca Lenci, vestida de ucraniana, con enormes trenzas rubias y cintitas de colores: me la regaló. ¿Cómo supo que en Barcelona, en el Paseo de Gracia, yo había descubierto una pequeña tienda de lujo en donde vendían esas muñecas? ¿Y cómo supo que Paz se negó rotundamente a comprarme una, aunque fuera la más chiquita? Lo miré con verdadera admiración y noté que era muy guapo, una guapura a la que no estaba acostumbrada: moreno de piel y de ojos color cerveza. (1992: 100)

La protagonista, de todas maneras, no parece preocupada —sino admirada— por ese eventual acecho. Le fascina, además, la muñeca de lujo que le han regalado; de hecho, no sólo no se atreve a devolvérsela al oficial, sino que, en lo primero que piensa, es en el temor de que Paz se la “tire por la ventana” —contará luego que,

para poder conservarla, se la da a María Luisa Vera, que luego, para su disgusto, no querrá devolvérsela—. Pero la muñeca de lujo, vestida de ucraniana, adquiere todas sus connotaciones en el relato cuando el oficial inicia un cortejo que la narradora cuenta con gozo. Si Anne Marie Barron “no podía ser espía” porque “era demasiado fea” (1992: 53), aquí queda claro que Garro tenía todas las condiciones. Aquello que había “leído sobre Mata-Hari” parece fraguar una escena en la que la posibilidad de que esta “rusa blanca” se fugue con el “oficial soviético” es la promesa de una vida aventurera e interesante, lejos de su marido:

Me sentó junto a él en el diván y me propuso quedarme en Madrid con él y abandonar a mi marido. Sus palabras me asustaron.

—¿Cómo...?, ¿un camarada puede proponer eso?... —le dije.

Él se echó a reír a grandes, gigantescas, carcajadas y repitió:

—Sí, tú te quedas en Madrid conmigo.

A pesar de lo guapo que era, quise devolverle la muñeca, pero no me atreví, era demasiado bonita. Muchas veces he pensado en ese oficial soviético y en lo que hubiera ocurrido si me hubiera dado la ventolera de quedarme con él. No lo hice por el miedo que me inspiraba Rusia, pues los compañeros hablaban en voz muy baja de un mexicano llamado Badillo que había ido a Rusia y no había vuelto jamás, a pesar de que lo habían reclamado muchas veces. “Pues se moriría de pulmonía, como allí hace tanto frío”, opinaba yo, y todos me miraban como si fuera una imbécil. (1992: 100)

Es el miedo que le produce Rusia, pues, lo que frena a la muchacha a seguir la peripecia que le proponen. Pero —y aquí radica la astucia del relato— ese miedo a Rusia no es suyo: otros son los que la alertan, a pesar de que ella tiene la ingenuidad suficiente como para no desconfiar de nadie. Y, sin embargo, ella *sabe*. Apenas llegada a Madrid, el segundo día del Congreso, por la noche, mientras “cabeceaba de sueño”, escucha a los intelectuales discutir. Bergamín y Mancisidor cabildean para lograr que se haga una acusación explícita a André Gide y trae a su memoria, ya entonces, un recuerdo que muestra que comprendía más de lo que deja entrever: “Recordé que Gide había escrito un famoso librito, *Retour de l'URSS*, en el que criticaba el sistema soviético y entendí el porqué Mancisidor quería hacer una declaración en contra de él” (1992: 23).

Bajo la apariencia de una desorientada niña un tanto caprichosa, la enunciación de estas memorias no es nada inocente. La eficacia de la estrategia que adopta se

verifica doblemente. Por un lado, esconde la instancia de enunciación;<sup>29</sup> por otro, ese mismo escamoteo permite presentar los hechos como asuntos casi domésticos<sup>30</sup>

29 El acierto del procedimiento lo comprueban los equívocos con los que a veces la crítica ha confundido el relato con lo narrado. Véase el caso particularmente notable de los comentarios de Sandra Messinger Cypess. Acaso sugestionada por su extensa —y empática— glosa del libro de Garro, llega a decir que: “We should remember that she is discussing homosexuality at a time when her friends in Mexico, members of the Contemporáneos, were being persecuted” (2012: 106), atribuyendo a 1937 palabras publicadas en 1992. De hecho, Messinger Cypess parece caer efectivamente en el embrujo de la narración y confundir la representación con lo representado: luego de citar el discurso de Paz en Valencia en 1987, dice: “Paz in the 1980s and 1990s sounds more like the Garro of 1937” (2012: 111). Y, llevando su simpatía a la intervención directa, como si personajes y lectores estuviéramos en “aquellos días”, Messinger Cypess interpela al poeta: “Precisely, Octavio—that is what ‘Elenita’ had been saying during those stressful days and nights that you and your male companions all spent running from war zone to war zone, from banquet to battle front” (2012: 112). Es en verdad curiosa la confusión, pero prueba la habilidad del relato para escamotear su propia enunciación.

30 No es lo mismo mostrar la política que hay en lo doméstico que presentar como doméstico lo político. Si el primer caso permite denunciar la lógica de dominación social que esconde, por ejemplo, el machismo; en el segundo, tan frecuente en los relatos nobiliarios, que suponen que la sociedad es propiedad de un grupo particular, el machismo queda casi vaciado de contenido —pues, de esta manera, se diluye su carácter de opresión social— y puede servir para ocultar lo político. En ese hechizo, nuevamente, parece quedar atrapada la lectura de Messinger Cypess. Aludiendo, a raíz de la eventual cercanía de Garro con los Contemporáneos, a la polémica de 1925 en las páginas de *El Universal Ilustrado*, dice que, en 1937 (o 1992), “she attempts to reassess the marginalization of homosexuals and other disempowered figures she encounters. Acting as a naïf is part of the performance of her ‘self’ that she seems to have needed to develop in relation to the well-known, very strong macho figures that she encounters in Spain, such as Neruda, Carpentier, and Guillén but also Spender and Malraux, among others”; por ello, agrega “I propose that Garro’s seeming negation of Marx, or at least her denial of his importance to her and the Contemporáneos, is a subtly transgressive way of repudiating the values of the Marxist groups who were establishing their power bases in both Mexico and Spain at that time” (2012: 101). Pero, de esta manera, puede pasar inadvertido que no se trata de un repudio de “valores” sino de una oposición política muy específica. Este último aspecto se diluye bajo los efectos del primero: “Just as the Contemporáneos were marginalized by some critics in Mexico for belonging to the ‘effeminate literature’, so Garro in Spain is marginalized for a performance of excess, a hyperfemininity in the eyes of the macho Communist group” (2012:

y disimular la fuerte carga política del discurso. Tras la imagen de una “inocente jovencita”, de una observadora “neutral”, ajena a los hechos, lo que se expone es una suerte de “teoría de los dos demonios” (con la salvedad de que, casi totalmente ausente uno de ellos, el “azul”, sólo puede percibirse un único “demonio”: el “rojo”). El procedimiento —análogo al de lo que muchas veces se llamó la “tercera España”, de enorme peso en la “transición” y aún hoy día— sirve para hacer pasar como verdad “objetiva” una decidida toma de partido, con la ventaja de captar las simpatías del lector hacia una “niña”, que se presenta como arrastrada por las circunstancias, por un marido insensible, por unos camaradas dogmáticos y amenazantes; ¿quién no sentiría empatía por un personaje así?

La enunciación de estas *Memorias*..., pues, no es nada inocente. No lo era, claro, la madura escritora que las redacta. Garro, que en 1937, según dice, no era “anti nada” (1992: 9) —ni siquiera “antifascista”, como deja entrever—,<sup>31</sup> era, al momento de escribir sus memorias, sin duda, anticomunista. De hecho, no parece prudente dejar

105), o bien: “At a time when homosexuality was still a taboo topic, Garro proclaims unequivocally that her community consists of known homosexuals, but their sexual orientation is not her basis for categorizing them: it is their intellect and humanity that concerns her. She shows the defects in that age-old focus which correlates masculinity with domination, making men the political actors and the warriors, leaving women out of the equation, and certainly leaving out ‘effeminate men’ as well” (2012: 106). Finalmente, el discurso logra su objetivo y la lectora le atribuye “mayor independencia” a Garro y proclama su acuerdo: “The person who seems most independent in the recounting of events from their mutual past is Garro, not Paz. Paz is always part of the male group, always acting in solidarity with his *compañeros*, more often than not chagrined and embarrassed at the inappropriate and unexpected remarks of his young bride. ‘Paz was unfair in not defending me’, comments Garro at one point; and by then the reader agrees with her. We have gone beyond our view of her as a ditsy blonde who is always in trouble for her unconventional remarks” (2012: 110). Nótese cómo, bajo la apariencia de encontrarse en una posición “subalterna”, como gusta decirse, el texto de Garro, en verdad, se coloca en un lugar de poder: en la España de mediados de la década de 1970 y, sobre todo, en 1992, el discurso anticomunista era hegemónico. Criticar al estalinismo en el último cuarto del siglo xx no es, sin duda, ni propio de posiciones sometidas ni arriesgado, sino todo lo contrario. Parafraseando el famoso trabajo de Josefina Ludmer (1984), no son éstas, en fin, “tretas del débil”; parecen, más bien, “artimañas del poderoso”.

31 “Yo, sin saber cómo ni por qué, iba a un Congreso de Intelectuales Antifascistas, aunque yo no era anti nada, ni intelectual tampoco” (Garro, 1992: 9).

de preguntarse sobre los modos en que un relato —todo relato— inicia su andadura. Allí, en la manera en que una narración interrumpe el silencio para decir, hay siempre un dato, una pista de lo que se quiere contar. El inicio de estas *Memorias*... no podría ser más claro: la primera oración, en la primera página, dice: “Yo nunca había oído hablar de Karl Marx” (1992: 5). Edith Negrín nota cómo el primer enunciado del libro inicia ya lo que será insistencia “en su falta de información y de comprensión, en especial por lo que hace a conocimientos políticos” (2003: 152).<sup>32</sup> Es rigurosamente cierto; pero, además, me interesa el tipo de desconocimiento y el contenido político específico que la primera frase enuncia (la oración no sólo dice que nunca había oído hablar de política sino de un determinado nombre propio). Pues el tema del libro no es cualquier política sino una en particular: la comunista.

Se trata, en efecto, de un texto que no habla tanto de la guerra de España. Es, sobre todo, la historia que una intelectual hace de los orígenes —reales o “míticos”, tanto da— de su anticomunismo. Publicadas dos años después de la caída de la Unión Soviética, estas *Memorias de España 1937* no buscan tanto rememorar una época sino intervenir en una contemporaneidad del modo más astuto posible: fingiendo inocencia, afectando imparcialidad, prometiendo neutralidad, escondiendo —en fin— su propia enunciación. Desde luego, si en el camino es posible recordarle a un ex marido, que por entonces era un famoso liberal conservador, aquel pasado *cuasi*-estaliniano que poco gusto le daría rememorar, mucho mejor.

## BIBLIOGRAFÍA

Aznar Soler, Manuel y Luis Mario Schneider (eds.) (1979), *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937)*, vol. III: *Ponencias, documentos y testimonios*, Barcelona, Laia.

32 Al referirse al tópico de la “ignorancia enunciada en primera persona”, María Julia Rossi nota que “El libro se abre con esta breve y contundente frase: ‘Yo nunca había oído hablar de Karl Marx’. Este incipit comienza con el pronombre personal de la primera persona (muy repetido en todo el relato y resonante, casi estrepitoso, por su carácter prescindible desde un punto de vista gramatical), seguido de una predicación que ilustra su desconocimiento (sobre un personaje lo suficientemente conocido por sus lectores, aunque sólo sea de oídas, como para que la imagen sea provocativa)” (2014: 530). Efectivamente, creo por ello mismo que es factible interpretar esa “provocación”, esa referencia, como una indicación clara del verdadero tema del libro.

- Aznar Soler, Manuel (1978), *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937)*, vol. II: *Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana*, Barcelona, Laia.
- Barckhausen-Canale, Christiane (1998), *Tina Modotti*, Tafalla, Txalaparta.
- Binns, Niall y Javier Molina (2012), "Escritores mexicanos en España durante la Guerra Civil", en Carmen de Mora Valcárcel y Alfonso García Morales (eds.), *Viajeros, diplomáticos y exiliados*, vol. I: *Escritores hispanoamericanos en España (1914-1939)*, Bruselas, Peter Lang, pp. 291-311.
- Bioy Casares, Adolfo (2006), *Borges*, edición de Daniel Martino, Barcelona, Destino.
- Earle, Peter G. (2010), "Octavio Paz y Elena Garro: una incompatibilidad creativa", *Revista Iberoamericana*, vol. LXXVI, núms. 232-233, julio-diciembre, pp. 877-897.
- Garro, Elena (1992), *Memorias de España 1937*, México, Siglo XXI Editores.
- Garro, Elena (1979), "A mí me ha ocurrido todo al revés", *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 346, abril, pp. 38-51.
- Garro, Elena (1978), "Con Octavio Paz en el Frente de Escritores Antifascistas", *Informaciones de las Artes y las Letras*, suplemento de *Informaciones*, 16 de noviembre de 1978, pp. 5-6.
- Gutiérrez de Velasco, Luzelena (1997), "El registro testimonial en *Memorias de España 1937* de Elena Garro", en Yvette Jiménez de Báez (ed.), *Varia lingüística y literaria. 50 años del CELL*, vol. III: *Literatura Siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, pp. 511-525.
- Kerssfield, Daniel (2012), *Contra el imperio. Historia de la Liga Antimperialista de las Américas*, México, Siglo XXI Editores.
- Líster, Enrique (2006), "Líster combatiente contra el fascismo en la URSS, Polonia y Yugoslavia", en *Actas del Congreso Internacional "O exilio galego"*, del 24 al 29 de septiembre de 2001, Santiago de Compostela, Consellería de Cultura Galega, pp. 235-264.
- Ludmer, Josefina (1984), "Las tretas del débil", en Patricia Elena González y Eliana Ortega (eds.), *La sartén por el mango*, Puerto Rico, Ediciones Huracán, pp. 47-54.
- Messinger Cypess, Sandra (2012), *Uncivil Wars. Elena Garro, Octavio Paz, and the Battle for Cultural Memory*, Austin, University of Texas Press.
- Mudrovic, María Eugenia (2003), "*Memorias de España 1937*: Un cuarto propio cercado de lo abyecto", *Letras Femeninas*, vol. 29, núm. 1, pp. 175-186.

CÉSAR A. NUÑEZ

- Negrín, Edith (2003), “La narradora inocente de la Guerra de España”, *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 20, pp. 143-157.
- Pasamar, Gonzalo (2012), “El papel del libro sobre la Guerra Civil durante los años de la Transición”, en *IV Congreso Internacional de Historia de nuestro tiempo: “España en democracia”*, Logroño, La Rioja, del 8 al 10 de noviembre de 2012.
- Poniatowska, Elena (1992), *Tinísima*, México, Era.
- Rojas-Trempe, Lady (1998), “Memorias de España 1937 de Elena Garro”, en Angus M. Ward, Jules Whicker, Derek W. Flitter, Trevor J. Dadson y Patricia Odber de Baubeta (eds.), *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, del 21 al 26 de agosto de 1995, Department of Hispanic Studies—University of Birmingham, vol. VII, pp. 257-264.
- Rosas Lopátegui, Patricia (2014), *El asesinato de Elena Garro. Periodismo a través de una perspectiva biográfica*, prólogo de María Luisa Mendoza, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Rossi, María Julia (2014), “Una poética de la incertidumbre: procedimientos erosivos en tres obras de Elena Garro”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 62, núm. 2, pp. 515-535.
- Schneider, Luis Mario (1978), *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937)*, vol. I: *Inteligencia y Guerra Civil en España*, Barcelona, Laia.
- Sheridan, Guillermo (2015), *Poeta con paisaje. Ensayos sobre la vida de Octavio Paz, I*, México, Era.

- Sheridan, Guillermo (2006), "Rescatando a Mercader (Un episodio del espionaje soviético en México)", *Letras Libres*, núm. 87, marzo, pp. 62-69.
- Stanton, Anthony (2012), "Octavio Paz y la Guerra Civil española", en Carmen de Mora y Alfonso García Morales (eds.), *Viajeros, diplomáticos y exiliados*, vol. 1: *Escritores hispanoamericanos en España (1914-1939)*, Bruselas, Peter Lang, pp. 313-339.
- Valender, James (2012), *Manuel Altolaguirre. Álbum*, Madrid, Residencia de Estudiantes.

**César A. Núñez:** Doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México. Es profesor titular en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Es autor de los libros *Una patria allá lejos, en el pasado. Memoria e imaginación en las "Historias e invenciones de Félix Muriel" de Rafael Dieste* (México, 2011) y *Bazar dos mundos* (Buenos Aires, 2016), y coordinador del volumen *Figuraciones de la escritura en la literatura hispanoamericana* (Madrid/México, 2016). Actualmente co-dirige la colección "Exiliados y transterrados" en la editorial Peter Lang.

D. R. © César A. Núñez, Ciudad de México, julio-diciembre, 2017.